



Rubén Bareiro Saguier

Ojo por diente

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Rubén Bareiro Saguier

Ojo por diente

1953. Rubén Bareiro Saguier concluía sus estudios de abogado cuando Roa Bastos publicaba *El trueno entre las hojas* y Juan Rulfo, *El llano en llamas*, dos libros decisivos en la formación del futuro escritor paraguayo. En 1950, el poeta Hérib Campos Cervera lanzaba *Ceniza redimida*, libro que contiene el poema «Un puñado de tierra», de innegable resonancia en la lírica contemporánea del Paraguay. Y en 1952 había aparecido la novela *La babosa*, de Gabriel Casaccia.

Estas referencias literarias revelan hasta qué punto el joven abogado se sintió atraído por la personalidad mítica del escritor exiliado. Roa Bastos había definido al Paraguay como una «pequeña isla rodeada de tierra», pero fue Rubén Bareiro Saguier quien reflexionó en profundidad sobre su país: «Paraguay forma un grupo humano con caracteres de nación, celoso de sus tradiciones y de su independencia. Esto, que puede considerarse como un factor positivo de integración, tiene su contrapartida al establecer un aislamiento pernicioso por su impermeabilidad». En resumen: país aislado, escritores desterrados.

«La mayor parte de la literatura paraguaya ha sido escrita en el [8] destierro -dice Rubén Bareiro Saguier- y la que nace en el país tiene también el signo de un estilo impuesto por el temor: una obra no representa sólo lo que dice, sino también lo que deja de decir». Así crece la floresta literaria paraguaya: hacia dentro y hacia fuera.

Fuera está -vive, sueña y escribe- Rubén Bareiro Saguier. Perteneciente a la generación de escritores paraguayos posteriores a la de Hérib Campos Cervera, Gabriel Casaccia, Hugo Rodríguez Alcalá, José María Rivarola Matto y Augusto Roa Bastos, el autor de *Ojo por diente* se integra, generacionalmente, en el grupo de escritores hispanoamericanos formado por los mexicanos Salvador Elizondo y Fernando del Paso; los argentinos David Viñas y Manuel Puig; los peruanos Enrique Congrains Martín y Alfredo Bryce Echenique, el venezolano Adriano González León y el chileno Jorge Edwards.

El jurado que le otorgó el premio Casa de las Américas hizo hincapié en el carácter lírico de su prosa. «Empecé como poeta y sigo siendo poeta», declarará después el autor de *Ojo por diente*. Autor de tres libros de poemas: *Biografía de ausente* (1964), *A la víbora de la mar* (1977) y *Estancias/Errancias/Querencias* (1982), Rubén Bareiro Saguier escribe una poesía trabajada por el tiempo, próxima a la tradición oriental (él dirá que ha bebido de las fuentes guaraníes y hemos de creerle), y sin pretenderlo entronca con la lírica ejemplar de Juan Ramón Jiménez -tan inmerso en la tradición arabigoandaluza-, de Giuseppe Ungaretti y de poetas latinoamericanos como el mexicano Juan José Tablada y los argentinos Porchia y J. L. Ortiz. Si nos detenemos en este punto es sólo para señalar que el estilo narrativo de Rubén Bareiro Saguier proviene de un arduo y prolongado ejercicio poético. Esto significa

no sólo la recreación del lenguaje personal del poeta, [9] sino también la recreación del habla de su pueblo.

Cuando Rubén Bareiro Saguier escribe sus bellísimos poemas «Historia antigua», «Ancestral», «Paisaje» y «Biografía» no hace otra cosa que invitar a sus lectores a un viaje por el silencio. Y el silencio, ese silencio teñido de humor, nostalgia y malicia, nos habla de ríos, caballos, veranos, tierra roja, lapachos y de un sufrimiento viril, callado, estoico, nunca resignado.

Rubén Bareiro Saguier, ensayista, ha escrito estudios interesantes sobre César Vallejo - poeta al que admira-, Andrés Bello, Miguel Ángel Asturias, Ciro Alegría y Augusto Roa Bastos y ha participado en coloquios, congresos y encuentros de escritores en Francia, España, Estados Unidos, Alemania Federal, Suiza, Venezuela, Argentina y Cuba.

En 1955 fundó y dirigió la revista «Alcor», órgano de expresión de varias promociones culturales en Paraguay. Participó en la edición de las revistas «Aportes», «Desquicio» y «Libre», de París. Trabajó en Editions Gallimard como lector de obras en español y portugués. Ha realizado ediciones críticas -Literatura guaraní del Paraguay- y ha compilado textos de la tradición oral de las culturas precolombinas, *La tête dedans*, en colaboración con Jacqueline Baldran.

Emigró a Francia en 1962. Desde entonces fue asistente y lector de español en la Universidad de París. Ha enseñado literatura latinoamericana y guaraní en la Universidad de Vincennes y actualmente ejerce el cargo de investigador en el Centro Nacional de la Investigación Científica.

La infancia de Rubén Bareiro Saguier transcurrió en su pueblo natal, a la vera del río Paraguay. El mundo rural, su paisaje, sus personajes, su historia lo marcaron a sangre y fuego. Llegó un momento en [10] que Rubén Bareiro Saguier sintió necesidad de expresar su mundo interior. De la poesía dio un salto a la narrativa, al cuento.

«La poesía -dice Rubén Bareiro Saguier- tiene límites en lo que a posibilidad de expresión se refiere. Es decir, creo que la narrativa concede mayores posibilidades expresivas; una situación social es más fácil de transcribir en el plano narrativo que en el plano lírico. La poesía es, para mí, síntesis. La narrativa es analítica... El cuento tiene una mayor apertura en el sentido de posibilidad expresiva. Pero creo que, de todas formas, mi narrativa está y estará marcada por la poesía...».

A partir de 1962 realiza continuas visitas al Paraguay, pero la última, en 1972, determinará su condición política de exiliado. Es apresado, encarcelado y, finalmente, expulsado del país. Se le acusa de trajes subversivos y es, precisamente, el libro de cuentos *Ojo por diente*, premiado en 1971 por Cuba, el pretexto para su escarnecimiento y destierro. En una conmovedora «Carta a la Compañera», Rubén Bareiro Saguier cuenta que resistió el asedio y la soledad de la prisión leyendo a Faulkner, Heinrich Böll y la Biblia de Jerusalén. Desde entonces no ha podido volver a su país.

Ojo por diente se compone de once cuentos. Es una parábola de la realidad paraguaya captada por un poeta nada idealista -filosóficamente hablando- aunque portador de un rico acervo de vivencias e historias escuchadas en su tierra natal. Es un libro de temática «social», apoyado por el relato vivo de los propios personajes. El lenguaje es importante en esta obra. El autor, mejor aún, la sensibilidad del autor, aflora cuando fluyen las descripciones, el curso narrativo de la historia.

Con toda naturalidad, Rubén Bareiro Saguier escribe de lo que sabe, de lo que [11] recuerda, de lo que desprecia: la opresión y la violencia. Desde el punto de vista formal, Ojo por diente reúne cuentos separados por su temática y lenguaje. En el libro se pueden distinguir dos tipos de relatos. Los hay que tratan de los fantasmas de la infancia del autor y aquellos en que afloran los fantasmas de la sociedad paraguaya.

Rubén Bareiro Saguier no era un niño cuando decidió dar a conocer su libro de cuentos. Pero Ojo por diente nació signado por el infortunio. Una serie de circunstancias contribuyeron a que este libro importante no haya circulado debidamente. Vamos a verlo.

Cuando Ojo por diente no aparece, aún flameaban las banderas de «lo real maravilloso», el gusto barroco y la hegemonía de lo que se dio en llamar «el boom latinoamericano».

Es obvio que Ojo por diente no pertenece a este modo de entender la narrativa, una moda, al fin de cuentas. Por eso, la crítica se mostró reacia a consagrar un estilo diferente. Tampoco hace concesiones al folclore o al color local (la palabra Paraguay no aparece por ningún lado). Esto, sin duda, le restó también lectores, sobre todo entre el público paraguayo. Rubén Bareiro Saguier descubre con talento las verdades profundas del mito y de la historia de su tierra lejana. Y no hace concesiones al lugar común.

A ello se suma otro suceso. Ojo por diente resulta premiado cuando estalla el «caso Padilla», razón por la cual su publicación en Cuba es postergada. Se publica, entonces, primero en París, traducido al francés con el título de *Pacte du sang*. Después, en 1972, en Caracas, en su versión original.

El premio cubano, su prestigio y sus implicaciones, persiguen a Rubén Bareiro Saguier hasta Asunción. Allí es apresado y encarcelado durante un [12] mes y medio para ser luego expulsado del país.

Así, este libro de Rubén Bareiro Saguier permanece casi ignorado. En él se describe la violencia y la opresión del hombre, mediante un lenguaje cargado de humor y despojado de excesos barroquizantes. La economía de estilo es sorprendente en este libro hecho no de descripciones de retratos psicológicos, sino de bocetos, con un lenguaje tenso que oscila entre la ironía y el sortilegio poético. Lo que sorprende en este libro es su poder de seducción, «el asedio estricto de las palabras reveladoras» su capacidad de hablarnos de una realidad profunda sin hacer localizaciones temporales, lo cual le confiere una mayor fuerza mítica, un concentrado vigor narrativo. Esta impresión le llevó a decir a Claude Couffon: «Saguier revela en estos relatos una sensibilidad creadora original, apta para encontrar el tono justo capaz de explicar, en toda su autenticidad, el drama del oprimido». Después de celebrar su calidad literaria, Roa Bastos sostiene que «cada uno de los once cuentos de Ojo

por diente trata de participar, desde adentro, en el drama de opresión y degradación no menos que en su contracanto de esperanza y coraje. Su virtud principal es que el espíritu de estos relatos está exento del maniqueísmo que parece seguir acechando las expresiones de nuestra literatura testimonial... De este modo, la aventura de los hechos narrados se identifica con la aventura del lenguaje en el que la palabra cobra una función de vida vivida. La tierra y el hombre paraguayos trascienden así el marco localista hacia una visión totalizadora de nuestra América; hacia una visión, en última instancia, sospechosamente universal».

Nunca mejor dicho. [13]

Sólo un momentito
[14] [15]

El sol le dolía en los oídos como el eco de un estampido cercano, como el eco de lo que se les había comunicado esta mañana temprano. Parado en pleno rajasol, sentía pasar a través de sus huesos recalentados las capas ondulantes y quietas en el aire pesado. Por momentos le era imposible mantener los ojos abiertos; entonces veía esas placas, esos puntos, esas rayas, esos signos rojos, verdes, azules, amarillos sucederse en la pantalla negra de su cabeza. Los dibujitos seguían danzando cuando abría de nuevo los ojos, moviendo ahora las capas superpuestas de resol.

El suboficial gubernista les había leído la orden sin alterar la voz, tranquilamente, como comunicándoles que iban a bañarse en el tajamar o que debían ensillar el caballo para salir al campo. Pero el muchacho intuyó que se trataba de una cabalgata más larga, de una zambullida más profunda. Fue entonces cuando sintió el zumbido largo en los oídos y le dolió el tajo de los recuerdos. ¿Dónde estaría su [16] compañera? ¿Habría podido escapar al ventarrón de odio y fuego que arrasaba los montes, el valle, los ranchos? En ese momento le agradó recordarla en la embriaguez de los bailes bajo las enramadas. En uno de ellos la había encontrado, punto rojo y fijo cerca de la luz asmática de una Petromax, cuerpo duro del primer contacto, olor salvaje de pelo lloviendo sobre el suelo sediento de sus deseos. Y su risa y sus muslos prietos le carcomían los sesos; una raya que le iba bajando desde la nuca hasta las ingles.

Al terminar de leer el papel, el sargento los miró amistosamente. Su vozarrón amable llenó el aire: «A prepararse cada uno solamente... por estos lugares no hay pa'í...». El Padre Cristóbal había traído del pueblo los muñecos que hablaban. «Misterios de la Sagrada Pasión y Muerte...», decía el Pa'í Cristóbal; seguramente por eso él no entendía muy bien lo que decían los títeres. La función se había realizado en el patio de la escuela y ellos, los alumnos, habían preparado la tarima, en el sitio que ocupaba el de la orquesta cuando había baile. Cómo le había impresionado el muñeco pálido tratando de escapar del machete en media luna con que la calavera lo perseguía; saltaba como un toro maneado y trataba de esconderse.

De repente reconoció la figura chopetona, maciza, moviéndose entre los hombres que acababan de llegar al puesto. Un rayo se le abrió dentro del pecho. Pese a la multiplicación de las mariposas del sol en las pupilas, se le apareció el inconfundible balanceo del cuerpo musculoso. Lo veía venir desde lejos en la memoria, caracoleando en su doradillo lustroso, a veces él -muchacho- en la delantera de la [17] montura, lleno de orgullo; los gritos del jinete seguían la cadencia alegre de la música y él, el relumbrón de las botas domingueras. En las tardes de carrera, veía la mano segura con el anillo de piedra roja, tendida con el vaso tintineante por el pedazo de hielo que hacía sudar los gruesos paneles del vidrio; la dulzura del mosto rascaba la garganta y le iba pintando de frescura las demás partes del cuerpo.

El hombre lo vio de golpe, se paró en seco y apartándose del pelotón, se acercó a pasos pequeños, fruncido el ceño. El muchacho dio un paso corto y sacándose un imaginario sombrero, juntó las manos.

-Sea paño... -adelantó las manos para recibir la bendición.

-Dios te... -un murmullo completó la fórmula del padrino. El hombre había cambiado de mano el arma para trazar la tosca cruz de aire con dos dedos de la mano derecha levantados. Terminada la señal, le pasó la diestra. El apretón fue breve, rudo, cordial. La frente del padrino había recuperado su superficie tranquila.

-¿Dónde caíste, mi hijo...? -La voz era la misma que cuando la bendición. Con un ligero movimiento de cabeza el muchacho indicó la izquierda y ambos se apartaron varios metros del grupo de prisioneros, en dirección opuesta a la que había tomado la patrulla a su mando.

-Ayer, a la entrada de Cañada Candil. Queríamos llegar a Angostura para cruzar el río a nado...

-Heee... -cortó el hombre, pensativo. El largo monosílabo aparentaba indiferencia, así como la mirada distante, lejana. [18]

-Tío... ¿cómo se ha de terminar esto...? La voz se fue apagando hasta volverse casi inaudible.

-Y -el hombre levantó la cabeza y fijó en la cara del muchacho una mirada marrón e intensa-... el pelotón está a mi mando.

Se hizo un hoyo de silencio. El hombre veía al niño montado en su hombro, riendo feliz; oía el llanto del adolescente cuando la muerte del padre, en la anterior revolución. Ésa era otra historia; su cuñado hubiera podido matarlo a él. Cuando hay revolución, cada uno defiende su color; cuando la muerte viene, no hay tu tía.

-Así no más tiene que ser... -el hombre se sorprendió reflexionando en voz alta. Su sobrino le miraba con la misma admiración que cuando hacía bailar a su caballo la polka partidaria. Las olas de calor traían pedazos de voces de los otros prisioneros; contra la luz se adivinaba el movimiento de moscas lentas. Detrás, las moscas verdes caminaban con sus

patas, con sus miles de ojos, con sus automáticas bajo el brazo. Después, la tierra reseca, el pasto quemado subían y bajaban en suaves declives; las islas escuálidas de árboles reverberaban en la distancia. Más allá, la luz incendiaba el monte, el aire azul.

El hombre y el muchacho estaban apartados de todo, el sol daba de plano sobre sus cabezas, los pies chupaban sus sombras y las pasaban al fondo de la tierra roja y sedienta. Dos árboles plantados en medio del campo, de esos que atraen los rayos secos. El resplandor ciego del mediodía altísimo indicaba que, en cualquier momento, una centella, un latigazo de fuego podían fulminar a cualquiera de los dos. [19]

-Tío, yo tengo mi compañera... -los ojos del muchacho se perdían en la dirección imprecisa del monte; su voz sonaba mojada.

-No te preocupes, mi hijo. Mañana me voy hacia el lado de tu casa; le voy a ver en tu nombre. Si necesita algo me ha de encontrar sin falta.

El muchacho no dijo nada, fijó una mirada de gratitud en la cara ancha del hombre. De repente le vino el olor fresco de la muchacha, la memoria de su piel tostada, del panal que guarda entre las piernas. No podía ser... Desde el fondo de la tierra habría de volver hecho avispa o labio o viento para estar cerca de ella. Pero el tío tenía razón: el día del último San Juan, al levantarse, no había visto su cara en el espejo...

-¿Qué le haces decir a tu mamá? Yo mismo tengo que ir a contarle.

-Y... nada... más que memoria. Que cuide de mi hijo; no va a tener padre, pero ha de tener dos madres.

-¿Cuánto falta para el nacimiento?

-Como tres meses.

La mañana del último San Juan su cara no estaba en el espejo cuando se miró para peinarse. Eso no era buena señal. Entonces le había atribuido a la resaca de la noche anterior, la noche en que, después del baile, la hizo su compañera a aquella muchacha con olor a pasto de la amanecida. De golpe entendía todo.

-Mi hijo va a tener mi cara... -dijo como hablando consigo mismo-, aunque yo no llegue a conocerle -agregó dolido.

-Tu papá hubiera estado contento. Su semilla no va [20] morir... -el hombre levantó los ojos y se encontró con la vista interrogativa del muchacho, en cuyo fondo brillaba una brizna de esperanza, quizás un ruego. Impasible sostuvo la mirada; sus manos acariciaron como a un niño dormido. Su voz sonó gutural.

-Mi hijo, nadie muere en la víspera...

El sol se había ladeado un tanto y comenzaba a proyectar dos sombras enanas; dos agujeros en el suelo sangriento, calcinado por el solazo. Los silencios eran otros agujeros sin fondo en la tierra de ese mediodía sin fronteras. El norte, borrado por el resol ciego, existía sólo en la memoria musical de las cigarras.

El muchacho pensó en el poco tiempo que había vivido con su compañera, en lo joven que era ella; le dolió el imaginarla en brazos de otro..., pero si él no sería sino un montón de huesos, una raíz oscura, un puñado de tierra rojiza en el verano. Pensó en el coágulo de vida que ella llevaba en el vientre.

-¿Qué ha de ser de mi compañera? Si por lo menos pudiera conocer a mi hijo... -el muchacho volvía a hablar como si estuviese pensando en voz alta.

-Te ha de parecer, como vos a tu padre. Cuando la sangre es de uno, la cara y el porte se heredan.

El muchacho vio de nuevo la escena de los títeres; el muñeco que saltaba como un potro tenía su propio rostro.

«Misterios de la vida, pasión y muerte...», decía el Pa'í Cristóbal con su voz ligeramente nasal.

La luz se había vuelto casi roja, quemaba; el reverbero se levantaba como el humo espeso del incendio. El hombre [21] miró a su sobrino con dulzura; levantó lentamente la mano izquierda, que tenía apoyada en el arma, y la depositó con firmeza en el hombro derecho del muchacho. Descubrió en su mirada el intenso deseo de vivir.

Un hijo es el agua que aumenta el río de la sangre... la corriente sigue... -su voz era lenta, cariñosa. Sus ojos se perdían de nuevo en la lejanía, hacia el incendio de las cigarras en las islas zozobrantes en el resol. Con la misma lentitud con que la había depositado, retiró la mano del hombro y torció apenas la cara.

-¡A formar...! -gritó con su voz firme.

Se oyó un ruido de pasos precipitados, de armas que chocan, de cerrojos. Del norte indeciso hacia el lado del monte, adonde irían inminentemente, el hombre volvió los ojos a la cara del adolescente; sus miradas se cruzaron, se confundieron, se hicieron una sola pasta.

-¡Y ahora, tío...!

-Mi hijo... no te preocupes... la muerte es sólo un momentito... [22] [23]

[24] [25]

Todo esto es mentira, una patraña para desprestigiar al Juez de Paz; porque si lo trataran de ladrón o de prevaricador o hasta de violador -abusando de la leyenda difundida por aquella muchachita convocada en el despacho de Su Señoría para una deposición...-, pero acusarlo de esto, ¡y en qué forma! Ahí está, eso es cosa de la maldita oposición, deslenguada, envidiosa, amargada, incapaz de otra cosa que no sea difamación, bajeza. Además, ¡el procedimiento empleado! Ya el color de las gruesas letras con que un buen día amanecieron embadurnadas las paredes de algunas casas de la calle principal, podían hacer sospechar. Es cierto que luego los letreros se fueron pareciendo al arco iris del propio cielo, pero por puro disimulo; además ya se había producido el contraataque, de manera que nadie sabía más quién ni cómo había pintado. Ahora ya nadie entiende más nada en el pueblo. Ninguna investigación ha podido aclarar el misterio de los pintores nocturnos. Ni las multiplicadas [26] rondas de los vigilantes; apenas los tabachís daban la vuelta a la manzana que cuando volvían, ya estaban las terribles acusaciones, goteando su infamia todavía fresca. Es cosa de brujería, son los poras, decían los soldaditos, y había que amenazarles con duros castigos, controlarles con la «brigada especial», comandada por el propio hijo del juez, para vencer el miedo y la resistencia a esas rondas endemoniadas. Las noches del pueblo se llenaron de «¡altos!», «carajos», «recontras» y ruidos de los cerrojos de los fusiles; de poras que pintaban leyendas contra el «Juez cuatrero». La acusación cayó como una bomba en el pueblo. No se trata de poner en duda o dar automáticamente por bien fundada la imputación. La cosa es que en este pueblo el ganado vale más que la mujer y carnear un animal ajeno es peor que matar a un hermano de padre y madre. Sí señor, esto viene de lejos y... es largo de explicar. Peor que liquidar a un pariente cercano; el delito es grave, gravísimo. Y además, ¡esa publicidad vergonzosa! Porque siempre hubo cuatrерismo en la región y hasta cuatreros famosos, como aquel Mate Cocido, que se decía «protector de los pobres», porque ayudaba a unos cuantos zaparrastrosos que le encubrían, y fue muerto como un perro, como el perro que mordió al hijo del Intendente, acribillado a balazos por la «junta de vecinos», fundada para perseguirlo y comandada por el propio señor Comisario. Sí señor, hubo cuatreros por aquí, a montones; y al fin de cuentas, el juez es un ser humano... tanto más que él maneja el registro de transferencia de ganados. Pero esto es cosa de la oposición, sin ninguna duda, como venganza, en primer lugar porque [27] eran principalmente animales de los caudillos opositores los que desaparecían, y en segundo, porque estos infelices son unos malhablados de mierda, capaces de cualquier cosa. Hay que ver lo que hicieron cuando el juez dictó un bando atribuyendo la desaparición de ganados a la presencia de un jaguar en la zona. «Juez jaguar» fue lo único que se les ocurrió agregar a las otras inscripciones. Y sin embargo, cerca del lugar del delito, se encontraban siempre rastros de un animal sanguinario como el jaguar, pisadas en la tierra y sobre todo una marca profunda de garras en el sitio en que se había consumado el hecho.

¿Qué pájaro y qué cuervo, qué alma en pena, qué murciélago escribía las leyendas nocturnas, se preguntaban todos en el pueblo? Y así como no había tenido ningún efecto el bando, tampoco sirvió para nada la vaquillona que el mismo juez ofrendó a la Virgen del Rosario, y que valió algunos sermones en la misa principal de los domingos, en los que el cura Laya condenaba la maledicencia y prometía los peores tormentos del infierno para los que levantaban falso testimonio, el dizque embustero, el infundio, faltando así a las sagradas prescripciones del tercer mandamiento de la Ley Divina. «Pecado mortal; alma

condenada al bátratro de las tinieblas eternas, el sempiterno fuego del averno», gritaba el Padre desde el púlpito sostenido por unos angelotes gordos que soplaban las cometas del juicio final. Pero las feroces admoniciones sólo asustaban a algunas viejas beatas, que en medio de la sordera escuchaban fragmentos de las palabras terribles y veían los rayos lanzados por las manos y los ojos del sacerdote y los del espíritu santo de lata sobre su cabeza leonina. [28]

Entonces vino el contraataque a fondo del juez. Como medida previa hizo apresar a todos los principales jefes opositores. Bien merecido; pero las inscripciones no sólo no cesaron, sino que por el contrario aumentaron. Cansado de hacer borrar las letrotas, mandó pintar sistemáticamente con su gente otras al lado de las que le acusaban. Comenzó con los caudillos adversos más conocidos. «Bartolo Jiménez, cuatrero», «Antonio Portillo cuatrero», «Domingo Asayé cuatrero», «Amancio Peralta cuatrero»... Aquello fue una carrera, un torbellino de pincelazos y letrones, de colores y de nombres. Porque, finalmente, el juez no se detuvo en los nombres de los opositores; como tenía la lista de los habitantes del pueblo, los fue denunciando a todos, por si las moscas... Hasta que tuvo que poner más atención en sus leyendas cuando vino el Comisario con un piquete de soldados a averiguar por qué había difamado a su suegro y Miembro de la Junta local del Partido.

Bueno, la cosa es que en este pueblo no hay demasiada gente para tanta pintura; pero, como es bien sabido aquí, el juez es letrado y hombre de recursos. Recomenzó la lista con los marcantes de la gente: «Lorito cuarto cuatrero», «Antonio karë cuatrero», «Vela de sebo cuatrero», «Burro lápiz cuatrero»... Pero eso sí, respetó las jerarquías y caballerosamente a las mujeres. El comisario, el cura, el intendente, el presidente del Partido, el maestro, el boticario, el Jefe de Impuestos Internos, el representante de la Corporación de Alcoholes y otros notables estaban fuera de toda sospecha, sobre todo teniendo en cuenta el incidente con el suegro del señor Comisario; además, no era el caso de [29] sembrar la anarquía y soliviantar a la oposición. Y las mujeres, naturalmente, por caballerosidad y porque veía mal cómo podrían andar carneando de noche vacas ajenas, salvo doña María, la viuda del inglés. Una estanciera rica, más si es mujer-macho como ésta, puede hacer las peores cosas, hasta matar novillos o toros de cría.

Noche a noche, noche tras noche, noche y noche pinta que te pinta; ángeles o demonios, sombras o lechuzas, poras o cristianos mañeros escribiendo gruesas letras con la acusación vergonzosa contra la autoridad. Con el mismo entusiasmo, la gente del Juez replicando dale que dale, retribuyendo pincelazo por pincelazo, cuatrero por cuatrero. Las fachadas se llenaron de nombres, de marcantes y por sobre todo, la superior presencia del juez, gran señor de las paredes del pueblo. Cuando ya no hubo muros en dónde pintar, ni siquiera en los ranchos de los suburbios, aparecieron inscripciones en las barrigas de los burros, sobre las costillas de los perros y en los flancos de las vacas, especialmente en los de colores claros, aunque la pintura blanca solucionaba perfectamente el caso de los pelos oscuros; el problema se planteó con los overos, los pintados y los morunos, sobre los que era difícil distinguir las letras. Esta fase desagradó mucho a todo el mundo; una ola de protestas indignadas se levantó unánimemente. Para evitar la destrucción de las bellezas naturales, de esos adornos del pueblo -una vaca embadurnada es horrible, un perro pintado parece un pora, un burro manchado es indecente-, el Juez hizo colocar grandes paneles en la plazoleta que está entre la Iglesia y la Municipalidad. Fue un suspiro de alivio [30] popular y hasta

atrajo una decena de turistas, entre ellos un gringo fotógrafo que se incorporó a la vida del pueblo con el marcante de Duende de Lata. Pero la cosa es que también esos cartelones se están llenando...

Yo, Sinfioriano Santacruz, Juez de Paz Letrado de este pueblo, preocupado por el bienestar de la población, acabo de ordenar que se coloquen nuevos paneles de tela blanca en la plazoleta del puerto. Cumplido con mi deber de magistrado, me pongo mi piel de jaguar, tomo mi gran garra de jaguar y me voy a realizar mi acostumbrada gira campestre... [31]

Diente por diente
[32] [33]

Sí señor, ese es Dalmacio Tatú, mi vecino de la chacra a media legua de aquí. Y usted va a saber lo que pasó. Yo, señor, no soy político ni pendenciero; no me gusta la sangre de cristiano. Claro que tengo mi color, como todo el mundo. Desde que nací tengo el color que mi padre y mis abuelos me ataron como un ñudo mordido al cuello, a los huesos, a la sangre. Bueno, todos somos así; yo y mis hermanos y mis primos y mis tíos. Y lo mismo pasa con mis vecinos. Cada uno tiene su color. Con las mujeres es diferente; ellas tienen que tener el color del hombre, el del padre cuando son hijas de dominio, después cuando se arre juntan, si que el de su compañero. Eso no quiere decir que uno ande persiguiendo al prójimo, porque no es del mismo color. Qué se gana con eso, sembrar más cruces al borde de los caminitos, sembrar huérfanos, hacer crecer yugos, porque cuando se suelta la persecución, los que pueden se van lejos, al otro lado del río, y los que no, se [34] quedan a la orilla de los caminos, esperando que un cristiano caritativo les prenda una vela, para evitar que su alma ande penando por ahí, asustando a la gente y a las vacas. Ya hay bastante pobreza en este valle como para seguir haciendo caso de los que vienen de la capilla a decirnos que nuestro vecino es nuestro enemigo y que hay que matarle porque el color de su familia no es el del gobierno. Por lo que ellos se acuerdan de nosotros más que cuando necesitan; después, barriga de perro, uno se puede morir de hambre si en sus sembrados la sequía o la langosta o los granizos hacen la porquería. Nadie le da bola; qué se van a acordar...

Usted sabe, señor, aquí en este valle siempre hemos sido bastante amigos; a mí no me persiguieron mayormente cuando mandaba el otro partido, o bueno, fue soncera lo que me hicieron. Así también nosotros respetamos a nuestros semejantes que son nuestros correligionarios. Bueno, eso fue antes de lo que le cuento; los poguasú no llegaban hasta nuestro rincón, seguramente porque estaba muy lejos o porque somos pobres por aquí, y los jefes no tienen gran cosa que sacarnos. Después pasó lo que pasó y todo es diferente; ya ve lo que le ocurrió a Dalmacio Tatú. Pero él no tiene la culpa, tampoco se entremetía en política; antes era un cristiano como cualquiera, hasta que esas gentes llegaron a la región. Al principio creímos que eran evangelios, que venían a hablarnos de la Biblia y a vendernos o a regalarnos la Guía Práctica de la Salud, ¿sabe?, ese libro con muchas fotografías. Pero ésos siempre son gringos y éstos hablaban en guaraní puro, como el que más; eran de los

nuestros... [35] Venían del otro lado del río. Parecía buena gente; hablaron con nosotros, trataron de explicarnos para qué venían. No estaba mal lo que decían, pero parece que querían engañarnos con lindas palabras, como dijo el Ministro. Usted sabe, señor, a nosotros ignorantes no es difícil jodernos; cuando un letrado sabe hablar puede darnos vuelta de todos lados. Una cosa si es cierta, todo lo que necesitaban nos pagaban; nunca nos robaron, nunca nos sacaron nada de balde, al contrario, nos daban remedio y se ofrecieron para enseñarnos a leer y todo. Y hablaban lindo; era verdad lo que nos decían para mostrarnos cómo vivíamos aquí perdidos y olvidados de los karaí, de los señores que sólo se acuerdan de nosotros cuando hay elecciones... Pero, usted sabe, parece que todo era para jodernos, al menos eso dijo el Señor Ministro. El Ministro no es un cualquiera, es un jefe, un jefe grande del Partido, y él vino a hablarnos, a nosotros, pobres campesinos. Nosotros no somos nadie, y sin embargo él vino, personalmente, a explicarnos quiénes eran los montoneros. Primero nos reunió en la Alcaldía de Pindoty y nos hizo repartir caña; después del asado nos entregó un poncho Pilar a cada uno y nos habló más de dos horas. Parece que los guerrilleros eran enemigos de la patria; que venían desde el extranjero, pagados para destruir nuestro país y nuestra religión. Nosotros no vemos mucho al Pa'í, pero creemos en nuestra Santa Patrona del Rosario. Nosotros peleamos en la guerra contra los invasores, y no nos gusta que nadie venga de afuera a invadirnos y a tratar de derrocar nuestro gobierno del Partido y a destruir nuestra religión. Todo eso nos explicó el Señor Ministro y nos hizo [36] repartir machetes nuevitos, brillantes. Cuando le trajeron a Secú Quiñónez, yo no lo reconocí. ¿Usted sabe quién es? Un arriero simpático y corajudo de nuestro valle, hacia el lado de Loma Perö. No había un pedazo de su piel sin un moretón; los ojos no se le veían bajo la hinchazón de la cara monstruosa y en el lugar de la oreja izquierda había un pedazo de sangre coagulada. Eso no era un cristiano ni siquiera un animal; al animal se le degüella, se le carnea, pero no se le juega de esa manera. Era un pora, una mala visión que venía arrastrado por dos soldados de las Fuerzas. Lo tiraron delante de nosotros y si no se hubiera movido un poco y lanzado dos o tres gruñidos -le habían cortado la lengua-, yo hubiera dicho que estaba muerto. La cara del Señor Ministro se endureció y sus ojos brillaban como un machete cuando nos dijo que eso, y peor, nos esperaba si nos convertíamos en traidores a la patria y al partido y apoyábamos a los guerrilleros. A mí, señor, no me gustan esas cosas, pero la caña seguía corriendo y uno empieza a perder un poco la cabeza después de varias vueltas; todo el mundo puteaba contra Secú, y su primo Tanasio escupió sobre el montón de queresas tirado en el suelo... Bueno, yo no estaba muy de acuerdo, pero también grite «piiiipu» cuando el Señor Ministro nos dijo que había que terminar con la maleza, con los yuyos venenosos de los montoneros. Él sabía bien que solamente nosotros conocíamos al dedillo nuestra región y que las Fuerzas no podían hacer nada contra esos hombres que como aparecidos les salían por detrás a las patrullas y se volvían a perder en el monte como pora. Era la primera vez que un jefe así, venía a hablarnos, y [37] un Ministro no se ve a menudo por estos lados; si hasta el Padre viene de tarde en tarde, bautiza a los mita'í, casa a unos cuantos amancebados, cobra sus diezmos y se manda a mudar. Usted comprende, cuando el Señor Ministro se fue, todos estábamos convencidos. Y cuando nos dieron las armas, nos dedicamos a la caza de aquellos hombres, la mayoría muchachos jóvenes, que había venido a hablarnos de cosas raras. La violencia es como la caña, señor; emborracha, sube a la cabeza, se mete en la sangre y nos hace trastrabillar de rabia. Sin cuartel los perseguíamos; aunque traían baqueanos, como el finado Secú Quiñónez, conocíamos la zona mejor que ellos. Nos olvidamos de las cosas lindas que nos habían dicho, de sus remedios, de todo, porque nos habían convencido que eran nuestros enemigos. Yo veía a

mis compañeros echar espuma por la boca, peor que los perros persiguiendo a un aguará en el monte. Los rodeamos, los encerramos, y de isla en isla en donde se escondían, los fuimos liquidando. La orden del Señor Ministro era que no tenía que haber prisioneros; había que matarlos allí mismo. Se pidió voluntarios para la ejecución de los prisioneros. Al principio, yo también me ofrecí; usted comprende, estaba borracho de rabia, pero cuando vi la cara triste enfrente de mí, cuando vi los dos ojos que me miraban sin miedo, ya desde el otro lado del corral, no me animé a apretar el gatillo.

No sé por qué pensé en mi madre, y en vez de la cara de ese muchacho extraño, encontré la cara de mi hijo que me miraba fijamente por esos dos ojos limpios; de mi hijo que está en el cuartel, ¿sabe?, y que debe tener la misma edad, [38] con el bigote apenas apuntando encima de la boca. Como le dije, a mí no me gusta la sangre de cristiano, pero más de una vez, en la guerra o en alguna farra, me ocurrió participar en una desgracia; eso le pasa a los hombres, es ley de machos. Allí era diferente; nunca me sentí tan sucio como en ese momento, si hasta tenía el gusto de la mierda en la boca. Bajé mi arma. El muchacho siguió mirándome con los ojos enormes, quizá más grandes por la sorpresa; seguro que no entendía lo que pasaba. Le oí murmurar algo como «compañero... compañero...», sin cambiar de expresión. Le hice un gesto y volvimos hacia el labio del monte, yo atrás con la automática bajo el brazo, con la cabeza gacha casi a la altura del tobillo. Me sentía un miserable. Fue la primera y última vez que me ofrecí como voluntario para la ejecución. Fue en esa oportunidad que Dalmacio Tatú comenzó a destacarse. Nadie iba a decir; era un arriero callado, manso por demás, se le burlaban más bien. Las mujeres no querían salir a bailar con él porque no les decía nada y se aburrían. Nadie creyó cuando se ofreció para liquidar a mi prisionero, y después de la descarga lo vimos volver con la mirada radiante. No sólo ejecutó a sus montoneros, sino que liquidó a los dos o tres que mis compañeros, como yo, no se animaron a hacerlo. En los dos días que duró la matación, Dalmacio pasó por las armas a quince prisioneros, y cada vez lo veíamos más excitado, más borracho de sangre, más seguro de su fuerza. Estaba desconocido: Dalmacio Tatú había abandonado el carapacho en el que se había encerrado ante nosotros para convertirse en una especie de aguará; como los zorros que se alimentan de [39] sangre se había puesto. Al anochecer del segundo día de carnicería, Dalmacio Tatú se internó en el monte con su cliente número 16. Era un campesino de por aquí cerca, pero que había ido al Chaco argentino, él y su familia, hacía mucho tiempo, y que posiblemente los montoneros trajeron como baqueano. Nadie sabe lo que allí pasó. Escuchamos la descarga y poco después, una especie de aullido que nos puso la sangre como hielo. Algunos dicen que el prisionero dio unos pasos y le cayó encima; otros creen que el muerto se levantó y le escupió la sangre en la cara; otros si que aseguran que era su hermano. Yo no sé; la cosa es que cuando fuimos a ver lo que pasaba, Dalmacio Tatú estaba sentado en el suelo, gimiendo despacito; una mancha de sangre le subía desde el pecho por la garganta hasta la boca. El resto de la cara era una máscara amarilla, una careta de cadáver, y sus ojos, de vidrio vacío, como el del muerto acostado a unos metros de él. Ya ve usted, señor, las cosas se pagan. Ése que usted pregunta se llamaba Dalmacio Tatú; ahora es Dalmacio Tarová, el loco de Pindoty... [40] [41]

[42] [43]

Allá, otra vez, la figura disimulada bajo la sombra de los naranjos. Si por los menos hubiera luz en la esquina. Todo es muy raro últimamente. Hace poco, un moscardón en la sopa; luego, una oreja palpitando bajo la almohada. Amelia dice no saber nada, pero esa mirada que pone cuando..., esa cara de espapirantomina. Hay pasos apagados en el corredor; la servidumbre, quizá, pero quién sabe si ellos mismos... Estoy seguro que el ojo de la cerradura espía mis movimientos, hasta en el baño me sigue. Ayer había un ojo azul clarito cuando estiré la cadena. No tuve tiempo de distinguir si era verdaderamente celeste o verdecito. Amelia no cree mucho. Me parece que ella también está mezclada en todo esto. ¿Con quién hablaba ayer cuando entré de improviso en la sala? «...clorobenzoato...» o «...benzoclorato...» o «...clarozapato...», y cortó en el acto. Gatos extraños cruzan el patio de noche, y hasta el dormitorio, los he visto fugazmente al despertarme la noche de la tormenta. [44]

No, no podría aguantar de nuevo algo parecido a lo de la última vez que estuve adentro. Noches y noches sin dormir..., los gritos, las lamentaciones en la pieza vecina. Nadie sabía explicarme exactamente lo de la bañadera. Tengo aquí los aullidos, el olor «insoportable del retrete cercano, del sudor acumulado, de la promiscuidad.

-El jefe le quiere hablar.

El pyragué cojea ligeramente; su cara curtida, sus rasgos adolescentes se bambolean con la marcha. Algún resorte se me afloja en las piernas y creo que yo también estoy rengueando. Siento la piel de la cabeza y del rostro tendida, a punto de desgarrarse, como cuando uno se enfunda una media, para desfigurarse. ¿Y si el sitio adonde me conduce no es el despacho del jefe sino...? ¿Dónde estará Julián? A la entrada nos separaron. No, no puede ser. No era su grito. Estoy casi seguro. No sé muy bien si este hipo ya lo tenía antes o si me ha comenzado en este largo corredor en que cada columna me da golpe de sombra al pasar.

Paredes amarillas, sin más adorno que un retrato. ¿Para qué usarán este escritorio oscuro? Un legajo manoseado que el hombre cierra al entrar yo, al tiempo que se levanta de la única silla, con respaldo de rejillas. Y un gigante detrás, a la izquierda del superior, con pañuelo carmesí en el bolsillo del traje blanco arrugado y sucio.

-Mire usted...

El jefe comienza a hablar con voz meliflua, casi paternal.

Mi tía pregunta qué ha pasado con el dulce de mamón que estaba en la alacena.

La mirada metálica se pierde sobre mi cabeza, cerca del [45] techo, va hacia el hombre del retrato colgado detrás, a mi izquierda. Esta sensación de estar hablando con un ciego me turba aún más.

-Su compañero ya contó todo -sigue la voz dulzona-. Sólo queremos su confirmación de los hechos para ponerlo inmediatamente en libertad.

-Señor jefe... yo -el maldito hipo me corta el resto de aplomo-, yo no sé nada...

Si me contás bien te voy a dar un premio. Tía, yo no sé nada...

La mirada perdida hacia el techo se nubla ligeramente. La voz se agrava un tanto, hay en ella un ligero tono zumbón.

-No macanee. Si no es grave. Confiese; de todas maneras el doctor Julián Figueredo ya nos dio todos los detalles.

La precisión del nombre y título de mi amigo tiende indudablemente a hacerme creer en su confesión. ¿Qué les habría dicho en verdad Julián? ¿Es cierto que ya lo habían interrogado?

-A ver. Ustedes llamaron por teléfono desde el Triunfo -dice luego de una pausa que no me atrevo a romper-. Como habían convenido, fueron a la casa del gringo a las nueve -mi hipo le interrumpe-. Con entera tranquilidad, cuéntenos de lo que hablaron.

El dulce llenaba la sopera enlozada. Ahora está menos de la mitad. Decime bien no más... No me acuerdo ya de mi padre, menos de mi madre que murió al nacer yo.

-Bueno... -dije, y el malhadado hipo me cortó de nuevo-. Él es también especialista de teatro. De eso hablamos. De los autores modernos y su influencia en nuestros países. [46] Sabe, nos interesa mucho la situación actual de nuestros teatros...

Trato de dominar el maldito hipo, de abrumarle con detalles verosímiles. Yo mismo me doy cuenta de la falsedad de mi voz que procura ser natural, del ritmo acelerado de mis palabras.

-¡Qué teatro ni qué teatro! -me interrumpe fríamente.

Los ojos vacíos se vuelven como de acero y se fijan en el retrato lleno de condecoraciones como hablando no conmigo sino con el rostro abotagado que sale del colorido uniforme, a quien dedica el rito.

Ah..., fue el día en que la tormenta y el gato me despertaron... o quizá esa misma, noche... bueno, no recuerdo muy bien. Era esa misma escena, y las otras, como en una película. Me llevaban de nuevo ante el Jefe y todo ocurría de la misma manera. Pero recién entonces veía algunos detalles; la jarra de vidrio, el vaso y la bombilla en un rincón de la pieza cuadrada; el bulto bajo el saco del Jefe, a la altura del cinturón; la cicatriz del pyragué alto, sus zapatos combinados. Luego afuera, los naufragos malolientes sin voz durante el día, el chapoteo horrible, los alaridos...

-Nosotros le preguntamos a las buenas. Es mejor que conteste bien. Tenemos otros medios... Y usted no va a aguantar... -dice, alargando intencionalmente las últimas palabras, fijándose una mirada condescendiente y burlona desde lo alto.

Los pyragués, que hasta entonces parecían dos estatuas, se mueven ligeramente en sus pedestales.

Vos comiste el dulce, sinvergüenza, grita mi tía. Yo no [47] recuerdo la muerte de papá, sin embargo, tenía yo cuatro años. ¡Pobre mamá! Yo fui el culpable. Mi infancia, como una barca solitaria, boga en medio de la pieza cuadrada. Cuando sea grande compraré cuadernos y escribiré mucho y me iré lejos de la alacena, de esta casa fría. ¡Qué oscuro es este cuadro! ¡Si por lo menos pudiera salir para hacer pipí! Cuando sea grande...

El teléfono suena tres veces antes de que el Jefe lo atienda.

-¡Holaaa!... Sí, el mismo...; ¿Pantaleón Palacios? ¿Dónde?... Ya me parecía... Que le traigan inmediatamente... No..., no... suspendan y que lo traigan ahora mismo... claro... sin rastro... ¿Entendido? En seguida. Taluego.

Deseo ardientemente que siga hablando. Pantaleón Palacios, rana eléctrica bajo espesa capa de agua meada, escupida, defecada. Pero no. Deposita solemne y triunfalmente el tubo en la horquilla y vuelve el rostro hacia mí.

-Ya ve. Acaba de caer este tipo que nos faltaba. ¿Usted le conoce?

No sé si los ojos desteñidos y extraviados reparan en el ligero movimiento de mi cabeza, de arriba a abajo o quizá de izquierda a derecha. Pantaleón pateándome por debajo del banco: soplá, desgraciado... Y tía de Los Ángeles moviendo ceremoniosamente el dedo índice: este muchacho no es buena junta; muy cabezudo, muy farrista; seguro que ya anda con mujeres y todo; te va a perder... te va a perder...

-...saber las relaciones que hay en este asunto entre los de allá y la gente de aquí.

-Justamente, como prueba de una cooperación, hablamos de adaptar el Martín Fierro... [48]

-¡Fierro es lo que le vamos a dar si sigue haciéndose el idiota! ¡Sabemos bien que hablaron de la invasión! ¡Ese gringo no es sino un enlace con ustedes, los traidores de adentro! ¡Qué agregado cultural ni su abuela va a ser! ¡Por dónde van a entrar! ¡A ver, diga! ¡Quiénes son sus cómplices! ¡Rápido!...

Un puñetazo sobre la mesa, y el sudor frío que me gotea desde adentro, sobre la frente en las manos. De los ojos ausentes salen pequeños murciélagos azulados. Mi barca se hunde de golpe, con mi tía y la alacena y el dulce de mamón y mis cuadernos. Sólo siento la piel de mi rostro y mi cabeza tensa como la de un tambor batido en las sienas. Mi cuerpo helado no me pertenece. Ni siquiera mi boca, que tartajea monosílabos e hipo cada vez con mayor frecuencia.

-Pero no... no... Señor Jefe... hip... no... yo no sé nada...

Cómo dura esta pesadilla. Quiero volver a casa de mi tía. De haberlo sabido, nunca hubiera dicho «ser hombre», cuando me preguntaban qué haría cuando grande. La voz sigue, cada vez más glacial y amenazadora. Los murciélagos se meten en mis orejas, en mis ojos. Oigo las palabras duras, lejanas, como proyectiles; las oigo desde detrás de mi cuerpo frío, de mi piel de tambor, siguiendo el vuelo de los dípteros, que pegan saltos con cada hipo; las oigo cada vez más ajeno a lo que está pasando en aquella pieza cuadrada, cada vez más cerca del retrato condecorado que sonrío complacido ante la devoción del hombrón rubio.

El escritorio negro, sin tintero ni pluma. Un legajo manoseado en cuya carátula puedo leer GUER... El resto está borrado por la suciedad, por la grasa de las manos, por la [49] rabia. Menos la S final que zigzaguea como una culebra. La silla de madera oscura, con el respaldo de rejillas. Los dos pyragués, el rengo a la derecha del jefe, con su camisa de nylon rosada; el más alto a su izquierda, con un chorro de sangre en medio del pecho. El armario de metal, gris claro contra la pared amarilla, sin más adorno que el retrato que sonrío con todas sus presillas cerca de mi oreja izquierda; de mi oreja izquierda dolorida, roja como mi oreja derecha. Y la voz implacable, pétrea, llenando los rincones de la pieza, los intersticios oscuros de mi cuerpo, detrás del cual trato de esconderme buscando inútilmente la alacena, el dulce de mamón con clavo de olor, mis cuadernos... Mi cuerpo lleno de agujeros por donde se escapan monosílabos e hipos y pasan los murciélagos acerados...

Noches interminables, llenas de gritos, chapoteos, lamentos, ruidos de golpes. ¿No seré yo el próximo? El hombre de cara aplastada, en camisa de nylon verde botella pasa cerca y vuelve con el cadáver pálido del muchacho que dos días antes han sacado desvanecido de la cámara. Un suspiro de alivio ¡Qué miserable! Pero es más fuerte que yo. Siento los nervios tensos como cuerdas recién templadas. ¡Y el olor de orín, de heces, como una flor podrida en mis narices, en mi estómago, en mi alma! ¡Que me lleven, que me lleven a mí, para acabar de una buena vez con esta espera voraz...! La mañana es un horno; el calor aumenta las exhalaciones del retrete. Imposible dormir con esos ruidos. Caronte en camisa verde botella y su barca de gritos eléctricos, su baño de miedo bogando en mi espinazo, metiéndose por todos los meandros de mis nervios... [50]

El hombre se aparta del hueco oscuro del portal, se pone delante. Huele a sudor enfundado en su camisa rosada.

-¡Documento! -dice con tono seco y autoritario.

Vos robaste el dulce, sinvergüenza... mejor a las buenas... ¡Fierro!

Huelo el acre sudor condensado en su camisa de nylon, el olor de la promiscuidad, del orín, de la mierda... [51]

Browning 45

[52] [53]

-Cómo no, Evaristo -la voz del hombre gordo sonó suave, casi servil.

La silueta, dura del mozo se recortaba contra la amanecida lechosa del cielo, que el agua duplicaba y quebraba de ola en ola. El muelle Lucero estaba prácticamente desierto; el Doctor era temprano y nunca la lancha le había ganado. El mozo mantenía la mano firmemente metida en el bolsillo derecho. Su voz había sido más temblona de lo que hubiera deseado, cuando dijo:

-Doctor, quiero hablarle...

«Mierda, la chinita le contó todo.»

-Diga, Evaristo -insistió el Doctor, con voz más segura, mirando hacia los pocos pasajeros sentados en la penumbra de la lancha; oyó indistintamente las conversaciones. «Empezá a cebar el motor...», «Mi vaca mermó mucho...», «...ha de ser la seca...», «...la pobre tiene la tuber...», «...todo subió, hasta la maíz...», «...qué terrible es la consunción...», [54] «...una diarrea que no le para ni con jugo de...».

-Mejor allá -el mozo mostraba el costado del muelle.

Oyeron las primeras toses herrumbradas del motor mientras caminaban por la planchada. Se cruzaron con una sombra delgada que subía con un mazo al hombro.

-Buen día.

-Hola, Juan.

-Buen día, don Lucero.

El Doctor miró las estrellas que se despedazaban con los golpes de las olas; los ladridos del agua asediaban la arena de la costa. La figura de ambos hombres iba destacándose sobre el amanecer, cerca de los yuyos, cerca del aromital que embalsamaba la luz rosada, creciendo y creciendo desde el este sobre la corriente del río. El mozo guardaba la mano derecha enfundada en el bolsillo: hablaba con tono suave, entrecortado, mas la voz se había afirmado. Pero lo que más se oía era la verborrea meliflua, del hombre gordo: oleadas y oleadas de palabras; la marca que sube, que va envolviendo.

-Pero no, Evaristo... usted sabe... el sentido de las palabras es engañoso, y yo, comprendo, su señorita novia pudo haber entendido mal mis paternas solicitudes... No, eso no... en ningún momento... ni siquiera lo he pensado... Claro que es una chica muy linda, pero, imagínese... a mi edad, y a esa muchacha que puede ser mi nieta, ya no digo mi hija... Eso es mentira, la gente exagera, es fantasiosa... Ese chico no se me parece para

nada, es un enclenque; no me hacen ningún favor al atribuirme... usted ve la fuerza de mi semilla; fíjese en la planta de mis hijos: la figura apolínea del [55] militar y la apostura reflexiva del seminarista, y su inteligencia... para no hablar sino de los mayores. Pero si yo he protegido toda la vida a la familia de la Eudosia. ¿Quién le ha sacado a su padre de la cárcel? Y su causa sí que era jodida. ¿Y quién les da trabajo de lavandera a su madre y a las muchachas? ¿Quién les recibe en su casa como criadas? Es en el seno cristiano de mi hogar, de mi familia... Pero no, Evaristo, ésa es otra mentira, mi hijo Abdulio es un santo, está dedicado al servicio de Nuestro Señor y la hermana de Eudosia es mucho más vieja que él. Bueno, el militar sí es un gaucho; pero también, con el porte de macho que tiene. Pero no se mete con las muchachitas de por aquí; usted sabe, es adulado por las niñas de nuestra mejor sociedad capitalina. El gran jefe lo quiere mucho y -esto entre nosotros- lo lleva en su compañía para sus farras; esto lo supe por ahí, él es muy callado. Bueno... se dice... se dice... pero no es seguro; hay tanta gente parecida sin necesidad de que sean padre e hijo... todo el chisme sale de que su madre fue un tiempo sirvienta en mi casa. No... usted no puede creer todo eso. Claro, darle unos consejos, ya que su padre es un borrachín que anda tirado de boliche en boliche... Sí, pero afectuosamente, nada más, como lo haría un padre con su hija... sin mala intención... ha confundido el afecto paterno -y lo entiendo, nunca lo tuvo- con la otra cosa. Fíjese, a mi edad... y con mi posición social y mi condición de jefe de una familia honesta y cristiana, asentada sobre sólidas bases morales. No es para alabarme, Evaristo, pero en la Capital todo el mundo, ni qué decir mis colegas del Tribunal, respetan y admiran a este humilde servidor que [56] tiene el gusto de dirigirle la palabra. Por algo el Partido hace tanto tiempo que me ha dado y me renueva la confianza en este pueblo... Dígame, Evaristo, ¿quién creó la sala de lotería familiar y el servicio diario de la quiniela?, ¿quién hizo arreglar la cancha de carreras?, ¿quién consiguió la libre práctica de ese sano deporte de las riñas de gallos? Antes no se jugaba en este pueblo sino truco, macá, chiquichuela o tukaë koreko. ¿Quién, dígame Evaristo, quién consiguió que se inaugure el teléfono aquí? Éstas son obras de progreso. No importa si después tuvieron que llevar la instalación a otro lado; es necesario que haya progreso en todas partes, no podemos ser egoístas; ¿no le parece? Oficialmente tenemos teléfono en el pueblo, y eso es lo importante: el Superior Gobierno cumple. No le quiero cansar con mis cosas, pero usted ha de recordar que la Corporación de Alcoholes puso una Agencia en el pueblo, gracias a mis gestiones, y hasta me confié la gerencia; mediante eso, tenemos caña buena y a precio conveniente. Usted se ha de acordar que regalé tres bancos a la escuela y que hice reparar la iglesia cuando mi caballo le ganó al parejero de los Espínola. No... eso no es cierto, eso inventaron ellos, de puro pichados; mi parejero ganó en buena ley, si hasta el Pa'í Laya estuvo de acuerdo que le sacó una oreja al alazán de los Espínola. El Pa'í quedó muy contento con los santos nuevos, bien pintados, bien vestidos, lindos... si parecen gente, sólo falta que hablen... ¡Qué mentira! ¿Quién va a querer esas imágenes viejas, apelechadas, llenas de termitas? Ni los gringos son capaces de dar un centavo por esas porquerías. El Pa'í Laya habrá hecho fuego con esa madera [57] podrida. Eso es pura maldad. El Padre es macanudo, un santo, eso es lo que es. Su prima, que se desvive por cuidarle, me cuenta: todo el día reza, ¡hasta en latín! y de noche la despierta de repente para rezar un rosario juntos. Un santo y un sabio. ¡Claro! ¡Cómo no va a estar de acuerdo con el Superior Gobierno que representa la legalidad, la paz, el progreso, el bienestar para todos los ciudadanos que quieren colaborar y no joder de balde! En el Derecho Canónico está establecido eso, y él no puede ir contra su doctrina. Además, el Gobierno le ayuda en su sagrada misión: le da un sueldito, le facilita transportes, le libera de derechos aduaneros...

Esto es normal, somos un país católico, apostólico, romano... Por lo que veo, Evaristo, usted anda mucho con esa gentuza amargada de la oposición, que durante años y años no construyó nada, y ahora quiere destruir todo, y no hace otra cosa que hablar mal del prójimo y decir mentiras sobre el Superior Gobierno y sus obras. Ésa es mala junta, le prevengo. Y con un padre como el que usted tiene, honesto y antiguo servidor de nuestro Partido... Usted anda por la mala senda...

La luz empezaba a dibujar mejor los objetos, dándoles un matiz ligeramente cobrizo. La tierra nacía una vez más de las espumas rosadas del río, con su carga de yuyos, de vacas, de palabras, de maleza. El Doctor prestó atención a los mazazos que Juan Lucero daba sobre los postes de su muelle y el ronquido cada vez más insistente del motor de la embarcación. «Parece que se está convenciendo el arriero... ¡Carajo, todavía me va a hacer perder la lancha!». Ahora veía mejor los rasgos adolescentes del rostro moreno, sus [58] labios que apenas se movían, de vez en cuando, con un monosílabo o algunas palabras entrecortadas. Vio que la mano se aflojaba en el bolsillo del mozo. Volvió a la carga.

-Mi querido Evaristo, me parece que tu padre no arregló su asunto con el Banco. Eh..., yo le dije bien. Decile que venga a verme; el nuevo Gerente General es muy amigo... y me debe algunos servicios, por las últimas elecciones especialmente. No... no..., claro, el asunto es otro; esto sólo te decía de paso, como que ahora tengo este placer de conversar contigo. ¿Sabés?, ando tan ocupado que me es difícil ver hasta a los amigos... Claro, yo comprendo tu reacción; es lo que corresponde a un verdadero macho, a un hombre con los cojones bien plantados. ¡Claro!, ¡claro! Pero en este caso hay un lamentable error. Estoy seguro que Eudosia estará dispuesta a corregir su juicio algo... diría apresurado. Ella se ha criado prácticamente en nuestra casa, protegida por los buenos consejos de mi señora esposa, tan llenos de sabiduría, de moral cristiana. Pero fijate, si Eudosia hizo la primera comunión con mis hijas, con Silvia y Antoñita. No sé si te acordás, parecían tres ángeles, todas de blanco. Mi señora le dio para su vestido el tul de un mosquitero que todavía estaba en buen estado. Y después de recibir el Santo Sacramento estuvo con nosotros a tomar chocolate con mis hijas y sus amiguitas. ¡Cómo ella pudo haber pensado, mi Dios! Hasta soy capaz de arrepentirme de los pecados que no he cometido. ¡Qué diría ese santo apóstol, el Pa'í Laya si supiera, él que conoce mis faltas y también más humildes virtudes! Solamente mi confesor sabe todo lo que hago por este pueblo, sin pregonarlo, claro. «El bien sin mirar a [59] quién», como dice acertadamente el refrán, que es la sabiduría popular. Evaristo, vos sos joven, escuchá los consejos que te da este viejo, que es un poco tu padre, casi el padre de este nuestro hermoso pueblo. Yo tengo mis años bien vividos y no sería para mí una catástrofe desaparecer; ya he hecho mi vida, he servido a mis semejantes y, por qué no decirlo, me he divertido bastante; no me puedo quejar. Vos sos joven y tenés muchos años por delante, un porvenir brillante. Imaginate lo que sería ese futuro prometedor si, digo así, por casualidad te desgracias y sin querer me pasa algo a mí, por causa de una imprudencia tuya. El Código Penal de la República, en su Artículo 167 prevé de 6 a 10 años de cárcel para el homicidio simple, a lo cual hay que agregar, según reza el inciso 3.º del Artículo 216, otro tanto por la premeditación y alevosía, que vendría a ser el caso, sin olvidar otras agravantes como -modestias a parte- mi prestigio personal y la situación especial de mi hijo el teniente para hacer cumplir la justicia con todo rigor. En síntesis, la broma te puede costar un mínimo de 25 años en el corralón, sin apelación ni recurso. ¡Medio siglo pudriéndote entre rejas! Y todo por nada, por una mala interpretación, un error. Toda tu

vida arruinada, y la de Eudisia también porque nadie se va a querer casar con la novia de un asesino. Es horrible, Evaristo, fracaso y sufrimiento donde podría haber progreso y triunfo. En el entretanto, a mí no me pasará gran cosa. Dios Nuestro Señor me habrá llamado a su juicio eterno y sabrá perdonar mis pecaditos y valorar mis virtudes cristianas. La verdad siempre triunfa; el bien es como el sol que aparece por el este cuando se acaba [60] la noche. Evaristo, vos te vas a casar con la Eudisia y serán muy felices; yo seré testigo, si ustedes me conceden ese honor. Voy a hablar a mi compadre Nachí sobre la música para la farra y pueden contar con unos litros de nuestra buena caña. ¿Qué te parece? Ésa será la mejor prueba de que todo esto no es sino una equivocación.

Evaristo sacó la mano del bolsillo; su rostro había perdido la expresión dura; el bulto en el bolsillo tiraba levemente hacia el lado derecho. El Doctor sintió que se le aflojaba la tensión de todo el cuerpo; mojó la lengua en la boca reseca y lanzó un imperceptible suspiro. Dio unos golpecitos en el hombro izquierdo del mozo con su mano gorda y peluda, y adoptó un tono bonachón, sonriente.

-Evaristo, permitime todavía darte algunos consejos paternales, de amigo que te aprecia; no te olvidés: el diablo sabe por diablo, pero más sabe por vicio. Me preocupa que andés armado. Eso puede ser muy mal interpretado por las autoridades, sobre todo con los amigotes que tenés. Yo soy amplio y comprensivo, pero sabés bien que el Comisario Saldívar es muy estricto, especialmente con los que atentan contra el Partido y el Gobierno. Seguro que no tenés permiso de portación de arma. ¿Ves? Es peligrosísimo; si te pillan vas a la cárcel por delito de rebelión y asonada, y ahí no hay Habeas Corpus, ni siquiera amigos influyentes; ni yo podría sacarte. Estás frito si saben. A ver, qué es... ¡una Browning 45!, ¡bárbaro!, eso está rigurosamente prohibido; sólo el Ejército puede usar esa clase de arma. Seguro que la compraste a algún desertor o a un antiguo guerrillero; en este caso es todavía peor, te van a juzgar militarmente por [61] crímenes de guerra y complicidad con los enemigos de la patria... ¿Vos sabés lo que peligrás? El Código Penal Militar, por cualquier chuchería nomás estipula: ¡pena de muerte! No, no estoy jodiendo, es gravísimo con los milicos. Vos te imaginás lo que es una Browning 45, ¡un arma terrible, casi el símbolo de la subversión contra las legítimas instituciones! Lo peor es que la gente que subía a la lancha pudo haberse dado cuenta... y el Comisario tiene espías por todas partes. Yo no quiero que te pase nada, ni tampoco que hagas locuras. Dame, te la voy a guardar, bien disimulada aquí en mi portafolio. Si te preguntan, por casualidad, decí que la pistola es mía y que te la estaba mostrando; nadie va a sospechar de mí; es natural que yo ande armado, con las importantes funciones políticas que desempeño...

El río había perdido sus estrellas y ahora estaba ambarino, del mismo color que la naciente. La lancha roncaba insistentemente; el patrón gritaba palabras inentendibles en medio del ronroneo del motor. El viejo Lucero empezaba a soltar las amarras.

-Pronto Doctor que va a perder la lancha -Evaristo le tendía la diestra.

El Doctor se volvió hacia el muelle con la diestra apretando la del mozo; con la otra hizo un gesto imperativo hacia el muelle.

-Lucero, Inocente, esperen que yo viajo... -su voz de mando dominó el ruido del motor.

El viejo Lucero volvió a sujetar el cabo y el patrón dijo unas palabrotas sin animarse a alzar mucho la voz. El [62] Doctor se tocó las papadas, satisfecho; dio una última palmadita al mozo y le dijo con tono seguro, sobrador:

-Te prometo ocuparme de la deuda que tienen en el Banco; hoy mismo iré. Y del arma no te preocupés...

La lancha se ladeó cuando el Doctor pisó la barandilla para entrar. Lucero arrojó el cabo y la embarcación se alejó lentamente, roncando y temblando. El Doctor apretó el portafolio; junto a los manoseados expedientes sintió la dureza fría de la pistola.

El mozo le sirvió su acostumbrado vinito, el trozo de costilla asada con mucha gordura, el café y los escarbadientes. El Doctor se rascaba las muelas con el palito, se chupaba los dientes, hacía ruido con la boca mientras leía el diario. Algunos de los clientes habituales del Bar Victoria, marineros, estibadores, le saludaban al pasar. El mozo le interrumpía de vez en cuando para comentarle la tabla de posiciones de la 1.^a División, la transferencia de tal jugador o la actividad de la Seccional partidaria de su barrio. «Un hombre culto debe estar siempre bien informado, al día, y para la vida profesional es muy importante. ¡Carajo!, siguen estas guerras de porquería; estos gringos no se cansan de matarse... a ver... el Ministro lo recibió a este badulaque; seguro que fue a arreglar algún negocito que tienen juntos... Dos Habeas Corpus concedidos, 17 denegados; ¡mierda, la Corte trabaja!... Sentencia confirmada en la Cámara de Apelaciones, ya me lo esperaba; que se joda por no darme el caso; yo hubiera podido arreglarle la cosa sin necesidad de pleito; le dije bien que mi hijo el teniente... bueno, bien merecido tiene, por pelotudo... Hoy no necesito ir temprano al [63] Tribunal; la audiencia es a las once y estoy seguro que mi contraparte no se presenta. Antes tengo tiempo de ir al Banco...».

-Casimiro, apunta... y no hagas fuego...

-Sí, Doctor, hasta mañana Doctor...

-Hasta mañana Casimiro, y no te preocupes por el tipo ése de la Seccional; yo le voy a hablar al Subjefe y no te va a jorobar más... quedate tranquilo...

-Gracias Doctor...

-Doctor, el señor Gerente le espera -el ordenanza hizo una pequeña reverencia mientras le mantenía abierta la puerta del despacho.

El hombre gordo se movió lentamente, hamacando -derecha, izquierda, derecha, izquierda- el pesado cuerpo, dirigiendo una mirada, desde arriba, a los que aguardaban con cara de aburridos en la antesala.

-¡Doctor, qué alegría verlo por aquí! -«Procurador mafioso, se las da de Doctor; pero es mejor andar bien con él, es de resbaladizo».

-¡Mi querido amigo, la alegría es mía, y sobre todo al verlo en este importante cargo que usted honrará con sus luces y su honestidad conocidas! -«Maniobrero, llegaste; pero no estarías aquí si no te hubiera dado una mano oportunamente... con lo que eras...».

-Muchas gracias, Doctor; ya me ve, aquí me encuentro después del triunfo aplastante que obtuvimos en su bella ciudad... Aquí me tiene al servicio del país, de nuestro partido y de los amigos... ¿Qué le trae por aquí, mi querido Doctor? Usted sabe que no tiene sino que ordenar... [64]

El hombre de pómulos salientes, de cabellos lisos y lustrosos se llevó la mano derecha al escaso bigote que ensuciaba su labio superior y empujándose con la izquierda, se echó hacia atrás, con aire satisfecho, en su acolchado sillón giratorio. El Doctor vio su sonrisa reluciente, el brillo de los pequeños ojos ávidos, entre las dos banderitas de ñandutí -una nacional, otra del partido- que ornaban su lujoso escritorio de madera oscura, y se reflejaban en el vidrio protector. Por encima de la cabeza renegrida vio un retrato engalanado, con dedicatoria de puño y letra. Posó el portafolios sobre la mesa y con voz estudiadamente lenta, dijo:

-Y usted verá... siempre andamos tratando de ayudar a los nuestros... Hoy vengo a hablarle del caso de mi amigo Sotero Rodas, creo que usted lo conoció al hijo, Evaristo Rodas, cuando estuvo por nuestro pueblo... Es buena gente... Bueno, Sotero obtuvo un préstamo en condiciones muy precarias durante la Gerencia de su antecesor que, usted sabe, se las daba de legalista, y en el fondo no era sino un antipático, un argel de primera. Por algo el Jefe lo llamó a usted, y en buena hora, a desempeñar este alto cargo -el Doctor levantó la vista hacia el retrato y empezó a abrir el portafolios-. Aquí tengo justamente los datos; tiene un vencimiento atrasado y no se encuentra en condiciones de devolver en estos momentos...

Por la boca abierta de la cartera se deslizó la pistola sobre el cristal del escritorio, con un pesado ruido. En la cara del Gerente se apagó la sonrisa y apareció un gesto de desconcierto. «¡Qué carajo se traerá éste... es capaz de cualquier [65] cosa...!» El Doctor reintrodujo el arma, con un gesto natural.

-Hace justamente dos meses que venció y ha recibido una última advertencia de la Sección Jurídica del Banco. Me gustaría saber qué se puede hacer por este correligionario honesto y trabajador...

-Pero Doctor, basta que usted me lo diga... quédese tranquilo, me ocuparé ahora mismo del caso.

Levantó el tubo del teléfono y oprimió uno de los numerosos botones del tablero incorporado al pie del aparato. Su voz adquirió un aire engolado.

-Habla el Gerente General, pásame con el Jefe de la Sección Jurídica... sí... hola, doctor Ortega, sí... mire... envíeme inmediatamente el expediente del señor Sotero Rodas... sí... préstamo rural... sí... nada más...

El Doctor tamborileaba satisfecho sobre el bulto de su cartera, de nuevo cerrada, silbando por lo bajo. El Gerente le dirigió una mirada inquisitiva.

-Ya ve, Doctor, desde este momento el asunto está en mis manos. Usted puede irse tranquilo que todo se arreglará... puede comunicárselo al amigo Rodas... -hizo un gesto de impaciencia-. Y aparte de eso, Doctor, ¿qué hay por nuestra querida ciudad? ¿Los demás amigos?

-Todos bien, lo recuerdan siempre; esperamos verlo pronto por allá: usted es nuestro representante... Ah, y muchas gracias en nombre del correligionario Rodas...

-No faltaba más, Doctor, es lo menos que...

Ya estaban dándose un apretón acompañado de palmaditas, cerca de la puerta. [66]

-Hasta pronto, señor Gerente...

-Hasta pronto, Doctor... Saludos a los amigos...

Antes de entrar en el Tribunal, el Doctor se llegó hasta el Polo Norte, a tomar una cerveza y a saludar a los colegas. Allí le esperaba un cliente que le entregó los documentos necesarios para iniciar el pleito, pero no la suma que le había pedido.

-No sé cómo disculparme, Doctor, no pude traerle todo el dinero... mi señora pues está enferma y mi mamá... Usted ha de comprender, Doctor; apenas esto conseguí para los sellados, como usted me dijo...

«¡Qué mierda!, otro que me falla; se creen que yo trabajo gratis...». El Doctor estuvo pensativo en su mesa antes de dirigirse al gris y pesado edificio de enfrente. Gran animación reinaba en los corredores; los abogados y procuradores charlaban de los incidentes profesionales o del último chisme político. El doctor fue saludando a diestra y siniestra hasta llegar a la Secretaría del Despacho en que su audiencia debía tener lugar. Como suponía, su contraporte no se presentó. Hoy tenía poco que hacer; dos o tres firmas de comunicación automática, revisión de otros tantos legajos y se acabó. Su compadre el escribano Diomedes le esperaba para tomar el tereré. Hablaron un buen rato; el Doctor miró su reloj y se levantó de golpe.

-¿A dónde vas? ¿No venís a comer con nosotros?

-No, gracias Diomedes; tengo que arreglar un asunto importante. Ah, ¿sabés?, hoy casi me balean. Sí..., sin importancia; después te cuento...

El Doctor metió los billetes en el bolsillo y salió de la casa [67] de empeño. Sentía el portafolio más liviano bajo el brazo derecho; el mismo había perdido su forma abultada, como si acabara de parir. Miró su reloj. «Mierda, es hora de comer... a ver... a ver... un buen restaurant... tengo que brindar a la salud de los novios...». Sintió que la saliva se le juntaba en el buche de pelícano y apuró el pesado ritmo de las piernas gordas. El sol, muy alto en el

cielo abierto, hacía un agujero redondo de sombra bajo sus pies, que se iba desplazando en la vereda caldeada. [68] [69]

Viento norte
[70] [71]

«Un trago siempre es bueno». Tereso entró al boliche de don Tito con la sonrisa ancha brillándole en el sombrero. «La cañita blanca con limón me cae bien». Cristoso, recostado en el mostrador sucio, también estaba de buen humor. «Salú, salú...», su trigésimo tercer vaso del día chocó con el de Tereso.

-...y... pican... pero hoy no salgo; desde la mañana temprano el río está callado y los pakú andan por el fondo sin interesarse para nada en la carnada. Va a haber cambio. Ellos saben. Anoche había amenaza...

-Ya otra vez con tus antojos... no creo un carajo en tus historias de pescaditos -la mirada burlona y el gesto exacto del almacenero llenando de nuevo los vasos.

-Mirá don Tito... no es la primera vez...

-Pero qué primera vez ni qué perro muerto, no seas boludo...

-¿No ven...? -comenzó Cristoso, tartajando, cuando el [72] relámpago seco le pasó cerca de los ojos y se incrustó en la pared, entre las botellas. Miró a sus interlocutores. La indiferencia de ambos cortó todo comentario.

-Pero por qué... por qué no... -terciaba Tereso-, hay que respetar la creencia de la gente... ayer me decía...

-Vos también ahora sos católico... la gran pistola...

Cuando el mostrador empezó a moverse lentamente de izquierda a derecha, Cristoso se fijó en sus contertulios; ninguno de los dos parecía haberse dado cuenta. Volvió a mirarles. «Sin embargo hoy chupé igual que siempre nomás...». El perro olisqueaba el aire; comenzó a aullar bajito.

Cristoso le acarició la cabeza y atajó la silla con el respaldo inclinado en que estaba sentado.

-Pichicho, pichicho -murmuró Cristoso comprensivo y cambió con él una sonrisa de entendimiento-. Sin embargo... -comenzó a decir, dubitativo, y volvió a callarse cuando los vasos cambiaron de lugar.

Don Tito llenó automáticamente las copas vacías y miró de costado hacia abajo, en donde el perro lloriqueaba, mientras que con la parte de la boca que no ocupaba el pucho apagado gritaba una orden a Crecencia, su mujer, perdida en el trascuarto, entre el chirrido de la fritanga, con la cara velada por el olor.

El bolichero volvió a mirar hacia el lugar desde donde venían los leves aullidos. «¡Ah mis tiempos de pelotero!», y asestó una contundente patada en las costillas del perro.

Al recibir el puntapié, el pichicho lanzó un chillido agudo y de golpe todo cambió. Tereso, que acababa de ingerir un trago, sintió que la mitad de la caña se le volvía amarga en la [73] boca; sus cabellos doing... doing... se pusieron de punta. Por su parte, Cristoso hizo una mueca de disgusto al tragar y miró al otro de través. El bolichero buscaba al perro dando saltitos de boxeador y puñetazos al aire. Tereso tiró un billete arrugado sobre el mostrador y salió sin despedirse. A punto de franquear el umbral, todavía oyó el ruido seco de la bofetada que don Tito acababa de asestar a su mujer en el trascuarto.

La calle ya no rodaba hacia el río, como cuando entró al boliche; estaba quieta, totalmente inmóvil. Una luz metálica bañaba el poblado, suspendido en el silencio. Tereso se dio cuenta de que el vacío rodeaba el pueblo, y que en los límites, al pasar el cementerio, uno podía desplomarse en una zanja sin fondo. Desistió de la proyectada visita a su amigo Serafín, que vivía unas cuadras más allá del camposanto: «Quién sabe si no está en el fondo fondo...». Las calles de pasto estaban pegajosas. Chapas horizontales de cinc y de resol dificultaban el paso. De repente se dio cuenta que en vez de caminar, iba dando saltos, con los pies juntos, como los canguros. Muy fatigado se sentó a descansar en el banquito, frente a la casa de los Morales; las tablas crujían bajo sus nalgas calientes. Desde la fachada, las ventanas rosadas y los adornos amarillos reverberaban, dándole puntadas en los ojos, en el pecho, en las orejas. Pasó rodando una bola y a duras penas reconoció a doña Nadia, la turca gorda de la otra cuadra. Se levantó con gran dificultad, tenía los pies de plomo, sentía distintamente cada uno de los huesos del cuerpo, la bisagra de cada articulación, la cuerda de cada nervio, tensa como para ser rasgueada, los pelos del [74] cuerpo como espinas. Siguió lentamente la calle desierta, remando corriente arriba. Un jinete dobló la esquina del Juzgado de Paz. Venía nadando en las ondas del resol. Su compadre Patrocinio pasó sin saludarle, jinete en un caracoleante caballo de fuego alazán, las venas salientes dibujadas como caprichosos caminos en las ancas lustrosas. Sus espuelas titilaban cerca de las verijas sangrantes del animal. El saco pijama a rayas rojas y verdes echaba avispa al contacto con el aire inexistente. El juez apareció, alto y cuadrado, en el marco de la puerta de su despacho. Estaba más negro que de costumbre, y más bizco. Les miró a ambos a la vez, fijando primero el ojo derecho en el jinete, el izquierdo en Tereso; luego al revés, el derecho en el peatón, el izquierdo en Patrocinio. Repitió varias veces la operación, los brazos velludos cruzados sobre la prominente barriga. Todo estaba suspendido de la mirada del juez; carraspeó, lanzó violentamente un escupitajo amarillento-verdoso que se quedó chirriando al sol sobre la vereda; mostró los dientes blancos y poderosos de perro joven, y entró de nuevo a su despacho.

Tereso siguió andando. En el costado izquierdo de la iglesia parroquial encontró al Sacristán peleando con su perro, ambos se mostraban los dientes y gruñían.

-Buen día, don Muachita...

El Sacristán ni le oyó, ocupado como estaba en retar al animal.

-Puerco, perro de mierda, malagradecido... confundirme con un poste. Quién me va a pagar ahora el lavado del pantalón, con el mal olor que tiene... perro de Belcebú; lo [75] que te mereces es que te deje en ayuno y abstinencia durante una novena por lo menos, así puede ser que recupere un poco..., pero sin cabeza, luisón, cancerbero. El animal le respondía con gruñidos, levantando los labios para mostrar los poderosos colmillos.

Tereso llegó a su casa por la parte de atrás; saltó el alambrado, atravesó el yuyal y se metió en la cocina. El cuchillo grande relucía sobre la mesa pingosa. Las moscas espesas hacían resaltar el brillo de la hoja. Pegó un salto cuando una se le posó sobre la nariz. Empezó a pasar el cuchillo por la piedra de afilar, con ritmo febril, mientras llamaba a grito pelado: «¡Celestinaaaa! ¡Celéeee!». Su mujer no aparecía por ninguna parte. Con la hoja reluciente en la mano derecha revisó la casa de punta a punta, detrás de la fiambreira, debajo del catre. «¡Dónde mierda se metió; seguro que ya está otra vez en casa de su madre, esa bruja! Cuando más se la necesita, la gran...». Con rabia despanzurró la almohada. Las plumas volaron; moscas blancas bailaban con las negras en el rayo de luz que agujereaba la pieza desde la tronera. Siguió maldiciendo a su mujer, a los amigos, al Santo Padre, a los desconocidos... trozó la vela sobre la mesa y salió corriendo tras el gato que había estado dormitando bajo la fiambreira. El gato se perdió en el yuyal y Tereso se quedó temblando bajo la parralera del patio; su cuchillo echaba chispas. «Así murió mi abuelo...». Desde el patio vecino, la vieja Eudosia fijaba en él sus ojitos brillantes, por sobre el cerco de tacuarillas. «Un día como éste, que le miró la cara al Supremo en la calle. Una hora después le afusilaron». Eudosia le miraba por entre las rajaduras de las [76] arrugas en la cara viejísima, de cuero achicharrado. «En esas ocasiones, el Supremo era malo, como un perro rabioso era, como un yacaré clueco...». Tereso la miró con furia; levantando la vista vio las hojas de la parra, inmóviles, pegadas al cielo reverberante.

Esa noche Tereso escuchó desde su casa los gritos de la pelea que se armó en el baile de la Escuela; estuvo a punto de ir, pero el cansancio pudo más. No durmió mucho; la luna enorme golpeaba la puerta, entraba al cuarto con sus patas relucientes, silbaba en los rincones como araña pollito o se acostaba a su lado, haciendo crujir el cuero del catre trama; los pomberos se peleaban en el patio por el agua del aljibe, haciendo ruido con la cadena y el balde. Varias veces se levantó en busca de agua o para orinar detrás de la cocina, cuidando de no molestar a los pomberos que se repartían el naco dejado en el mortero.

Al día siguiente, la churera le contó el resultado de la trifulca en el baile. «Dos se desgraciaron, seis se hirieron nomás...». Todo el día permaneció Tereso en casa, entre la hamaca y la silla de paja recostada contra la pared del corredor, mirando el norte, gruñendo cada vez que Celestina le dirigía la palabra. Comió sin ganas, luego de putear a su mujer por haber hecho caldo para el almuerzo. Le despertó de su larga siesta la voz gangosa de la vieja Eudosia que hablaba con Celé en el patio. Las palabras le llegaron en ondas, entre las capas superpuestas de viento muerto y de resol: «...y dice que don Cristaldo, el peluquero, le sacó un pedazo de la oreja a Lacú Noguera con la navaja y le tajeó todo el pescuezo y la

cara a tres más; a don Robú sí que le [77] peló bolero..., ahora está preso porque Lacú Noguera es pariente del Comisario...». La vieja seguía contando con voz monótona impersonal, como si rezara, los sucesos del día. Que Nachí se cayó en el escusado donde había estado saltando y se hundió hasta el cuello; que a ña Jacinta le tomó parálisis y no puede hablar, «la más grande desgracia, primera vez que se calla...»; que en lo de don Cuquejo hubo una riña, unas cuantas cabezas rotas, sin importancia; que don Melitón le había apuñaleado al amante de su esposa y eso que eran buenos amigos; «que... que... qué querés ña Celestina, mi abuelo también fue afusilado, una vez...». Tereso sentía el fuego paseándose por todas partes, en el estómago, en las orejas, en la garganta, en los talones.

Cuando hubo trasvasado buena parte del cántaro a su barriga, sintió todavía pedazos de calor, como islotes de llama; sus huesos se movían solos, uno a uno podía identificarlos, medirlos, palpar su contextura, su longitud, el movimiento de la tibia y el fémur en la bisagra de la rodilla, el del cúbito y el húmero en la del codo. Salió al patio y se dio cuenta que estaba veinte o treinta centímetros más bajo; su mujer estaba reducida prácticamente a dos tercios de su estatura y la vieja Eudosia casi había desaparecido; de ésta no se escuchaba sino la voz de lata, detrás del cercado de tacuarillas.

Nemesio llegó con su canasta al atardecer; al panadero le bailaba la larga mandíbula, apenas saludó.

-Hoy no les traigo pan, se me quemó toda la hornada, y eso que cuidé, la gran siete. Hay galleta coquito, por si no tienen nada para hoy y mañana. Pss... todo anda mal... allí [78] mi vecina ña Apolonia está desesperada, su marido desapareció desde anoche. Algunos vieron pasar a don Jacinto hacia el cementerio con los ojos encendidos como carbón, dicen. Y Timoteo, que esta madrugada tuvo que irse por ahí, vio un perro negro que echaba fuego por los ojos; le vino derecho, sin ladrar ni nada y vio que de la boca le caía espuma como con sangre. Timoteo iba a correr pero se dio cuenta que el luisón le iba a alcanzar en seguida; de repente se acordó que tenía su rosario bendecido en el bolsillo, sacó y empezó a hacer cruces en la dirección del maldito. Al séptimo pase con la crucecita de plata, dice que el luisón se paró en seco, casi se cayó de culo, y de allí donde estaba, se dio vuelta y rajó a toda bala, aullando. Candé, que vive a cien metros del cementerio, esta madrugada vio por su ventana pasar el mismo perro, pero sin cabeza; con esa luna que había le vio bien. Se asustó tan grande que su compañero tuvo que ponerle compresa fría en la cabeza y amasarle la barriga. Ña Apolonia no sabe nada de eso, nadie se anima a contarle, pero desconfían porque esta mañana ya se fue a averiguar con la gente que vive por el lado del cementerio. Nadie le dijo nada, ni Candé ni Timoteo, para no preocuparle; pobre mujer, está tan afligida... Fíjese, le dijo a mi señora que leyó en el almanaque que esta noche va a haber luna llena y eclipse. Parece que don Jacinto mismo había marcado la fecha... no sabe qué hacer, no quiere dar parte al Comisario, que es capaz de intervenir mal porque don Jacinto pues no es de su partido. Yo no sé qué va a pasar en este pueblo.

«Así murió mi abuelo...», comenzó la vieja Eudosia que escuchaba detrás del cerco de tacuaras. [79]

La calma fue creciendo, creciendo con la noche; se la sentía flotar. Veían al monstruo tirado en el patio, en la pieza, en los ojos. La luna enorme, que se preparaba para el

combate con el jaguar azul, alumbraba su lomo insoportable. Sentían el aliento cálido del engendro en los rostros, en las piernas, en toda la piel; la baba que echaba les pegaba a la silla, al catre, a la hamaca. De repente empezó a bramar y a echar relámpagos por la boca. La tierra se puso a humear y se cubrió de un aroma tibio -vaho de madera, bosta, polvareda, hoja, pasto, insecto-, cuando cayeron las primeras gotas, gordas como puñetazos.

Al día siguiente, Tereso se encasquetó su sombrero sonriente y cantando salió a la calle limpia, que rodaba en corriente verde hacia el río. Nadie se acordaba del viento norte. [80]
[81]

Ojo por ojo
[82] [83]

Allí estaban los dos, silenciosos. Pero siempre había sido así; jamás habían tenido mucho que decirse, ni tiempo. Apenas si para acoplarse en el cansancio de las noches calientes, como dos gusanos.

-Como esos gusanos blanduzcos -se dijo ella.

El fuego pasaba a través de los agujeros, como un cuchillo entre las costillas; pasaba desde arriba, o quizá desde abajo. Porque esto muy bien podía ser el infierno del que tanto habían escuchado hablar al Pa'í. Sin embargo, el señor cura les había prometido salvarlos de las llamas -perdurables- amén, con la condición de que se casaran y vivieran cristianamente: el bautismo-la confirmación-la comunión de los hijos-la misa-el matrimonio-el viernessantoayuno-la pascua florida-la extremaunción-las novenas-los diezmos. Los diez mandamientos. Centavo sobre centavo habían tratado de cumplirlos, y sin embargo, ahora el calor les atravesaba de punta a punta, ese calor que derrite la grasa, que pudre todas las cosas. [84]

Pero ellos nada decían. Las manos grasientas de la vieja en las manos grasientas del viejo. Como cuando ella iba a visitarlo al corralón donde él pasó dos años por aquella «desgracia», durante el baile en la escuela. Conste que no había sido culpa suya; el otro le agredió porque no le gustaba el color de su pañuelo y porque la caña; el puñal dijo el resto. Entonces ella iba todos los domingos a llevarle el atadito de cosas, y permanecían horas con las manos en las manos, hasta que sentían crecer una capa de grasa entre ellos, sin hablarse, a través de las rejas del patio enorme. Apenas si le preguntaba por los hijos.

-Conché come tierra -murmuraba la mujer.

Y él pensaba que estaba bien que no los trajera.

-Kitó me ayuda en la capuera -y le entregaba el bastimento.

Pero él salió en libertad, gracias a su compadre que ya era comisario. Y todo fue mejor. Hasta pudo comprarse un caballo para ir a las carreras de los domingos. Ella ya sabía de lo que se trataba cuando él regresaba con una máscara de ceniza, de silencio espeso y ceñudo.

-El hombre es hombre -se decía ella-, y... así no más tiene que ser.

Todo fue mejor, pese a la muerte del hijo, el segundo, y a que la menor, de muchacha en una casa de familia decente, pasó a trabajar en aquella casa.

-Eso no está bien, pensaba la vieja. Que sirva a los hijos del patrón, bueno... ¡pero con todo el mundo, y por plata...!

Todo mejor, gracias a que cumplían con los sacramentos, como dijo el Pa'í, quien hasta entronizó una imagen de [85] la Santa Virgen de los Remedios en el cuarto. Desde entonces, nunca faltó la bendición de la Santa Patrona, ni tampoco una vela los viernes, sobre la repisa, junto a las flores de papel ennegrecidos por las cacas de moscas, empalidecidas por el polvo y el resol.

Ahora tenían más tiempo para recordar todo aquello, sin decirse nada, igual que siempre, igual que durante las veladas de invierno en la cocina, cuando las brasas se iban consumiendo y las sombras comían sus facciones inexpresivas, como un gusano enorme, como ese gusano cerca de sus uñas azules. «Quizá es el mismo o un pariente de los que aquel año y aquel otro y aquel otro destruyeron el algodonal. Hasta es posible que todos los gusanos sean parientes».

Todo mejor... Y seguían roturando la tierra, hasta que en la cara se le abrieron esas grietas que el sol dibuja en la costra sedienta del suelo durante las siestas de fuego.

-¡Fuego eterno para los que olvidan la patria celestial! -clamaba el Pa'í-. Pero la piedad, la devoción... -agregaba, los ojos en blanco.

Y ella rezaba su rosario, mañana y tarde, y hasta por las noches cuando el insomnio le fue creciendo con el reumatismo. Cada vez más sola, como al principio. Nadie más que él y el perro de costillas florecientes, también ya desdentado, le escuchaban desgranar el devocionario desgastado que guardaba en la cabeza.

-Parece que va a haber seca...

-Sí... -respondía él, y miraba el fuego en el poniente.

El perro dormitaba y perdía ruidos por todos los costados. «De puro viejo», pensaba. [86]

-¡Fuera!... -decía ella, y volvía a sus rezos.

«La piedad, hijos míos; la devoción, mis amantísimos hermanos...». Y sin embargo, qué caliente era todo alrededor de ellos. Qué pesada sobre sus manos grasientas, podridas, sobre

los pelos crecidos, sobre las uñas largas y moradas, ese metro y medio de tierra, de fuego rojo. [87]

Salmón y dorado
[88] [89]

La vieja hizo una antesala larga de color salmón. El ordenanza la veía -sentada en el borde delantero de la silla- entre el primer gol del «Sportivo» y los botellazos que el «refere» recibió en el segundo tiempo; entre la puñalada asestada a la señorita Juana Mendieta, pupila del quilombo regentado por doña... y el casamiento del señor doctor Subsecretario... con la distinguida dama de nuestra sociedad... En el momento de pasar a los «avisos económicos» se fijó en sus cabellos amarillentos, en su boca desdentada, en sus zapatos rotos, y se aprestó, bostezando, a anotar el motivo de la visita.

-Nombre-edad-profesión-estado civil-motivo-pero el señor Ministro no la va a recibir sin recomendación. ¿Quién le conoce a su hijo?

El ordenanza no vio el polvo de arroz sobre su nariz ni el prendedor verde «para impresionar al señor Ministro». [90]

-Lo mismo nomás yo le quiero hablar. Mi hijo es bueno. No es un maleante... no es cierto... no es cierto.

Al lloriquear, la nariz se le enlodaba con el polvo de arroz. El salmón seguía centelleando en las paredes, pero la viejecita en su vida había visto ese pez, nunca lo había probado; no le preocupaban los muros de la espera, sólo su hijo.

-Aunque sea el Jefe de la Sección Política...

-No, no está nomás también. Él mismo dirige, con mi Coronel Salcedo, la operación -el tono del muchacho era el de quien conoce los secretos de estado.

-E'aqué... -exclamó la vieja e introdujo la mano derecha entre los dos senos.

El ordenanza lo vio y dejó de bostezar. «O lo uno o lo otro... Pero esta vieja... qué pico... peor que tortilla amanecida ha de tener...». Los ojos del muchacho brillaron codiciosamente.

Ella terminó de rascarse el pecho y siguió insistiendo.

-Aunque sea el Subjefe... no importa... Ya recorrí el Hospital Central, el Dispensario, la Unidad, la Delegación, el Conservatorio, la Comandancia, el Frigorífico Nacional... -enumeraba plañideramente-. Usted solamente es mi salvación -agregó luego del rosario recitado casi sin respiro.

-No hay caso... -respondió el muchacho, bostezando de nuevo-. Está demasiado ocupado.

-Alguien ha de haber pues. ¡Cómo lo que me van a dejar así! -porfió la vieja, y se acordó del dorado que tanto le gustaba a su hijo. Solía prepararlo frito las veces que él volvía de la pesca con alguna pieza-. Usted también ha de tener una madre... [91]

El muchacho pensó en la tía, en el compañero de la tía, y reaccionó con una sonrisa cuando la vieja, luego de rascarse por segunda vez el pecho, sacaba un paquetito verduzco de billetes arrugados.

-Y... todos somos iguales -dijo pausadamente-, aunque su caso es jodido. Pero los pobres somos iguales, para lastar nomás estamos.

-¡Mi hijo... mi hijo! -mascullaba la vieja, sin saber si se refería al ordenanza o al muchacho extraviado en la selva. Sin saber si le hubiera gustado el salmón que jugueteaba alegremente en las paredes del cuarto.

El ordenanza salió lentamente; se oyó el chirrido de cajones que se abren, de papeles manoseados. El salmón seguía nadando en los muros, pasando a través de la vieja. El muchacho volvió, arrastrando los pies. Traía el legajo en la mano.

-Alto Paraná, ¿es eso?

-He'é -dijo la viejecita, y el polvo de arroz de su nariz se infló y se desinfló con un suspiro. «Para eso me puse el prendedor y me empolvé; por lo que me vio el Ministro».

Teófilo Sandoval, ¿pakó?

-Teófilo Miguel -corrigió la vieja-. Nació el día del Santo Arcángel -agregó con vehemencia, y miró el salmón, aunque nada sabía, ni siquiera que era un color.

-Martínez..., Chaparro..., Benítez..., Osuna..., González..., no hay luego ni abecedario -se quejó el muchacho y siguió masticando los apellidos mientras su índice derecho seguía el paso torpe de sus ojos.

-No hay -respondió su voz segura a la cara ansiosa de la vieja, luego del trabajoso delecteo. [92]

-¿No hay? -como un eco lastimero de la voz masculina.

-¡Ihs, qué notable!

El muchacho recomenzó con las listas, mojando el dedo en la lengua para pasar las páginas. La vieja seguía ansiosa el índice del ordenanza.

-¿Crisanto Sandoval?

-¡No! -exclamaron ambos a la vez.

«A él le gusta tanto el dorado frito. Una vez trajo uno como de cinco kilos.»

El ordenanza seguía deletreando dificultosamente.

-¡Pucha!, ¡por qué lo que no ponen por abecedario! Así ni el más sabiondo...

Terminó las listas y levantó la cabeza. Su vista se cruzó con la mirada triste de la vieja.

-No, che sy -le dijo, usando por primera vez el apelativo de madre; su voz había cambiado a un tono casi húmedo-. Su hijo no está entre las víctimas ni en el parte de los montoneros caídos en poder de las fuerzas. -Hizo un gesto con las dos manos vacías, con el busto y se quedó mirándola.

-¡Y cómo no me escribió!, aunque sea un propio... si pasó otra vez el río... o está todavía... -se había olvidado del ordenanza-, a lo mejor en algún pueblo o qué... Y bueno -dijo reaccionando-, Dios se lo pague, mi hijo.

-Taluego señora -bostezó de nuevo el muchacho.

La vieja masticaba con dificultad. Con los pocos dientes, la encía, la lengua, el paladar conseguía formar una bola blanduzca, impregnada de saliva; recién entonces tragaba, sin ganas. Su comadre le había insistido en que comiera [93] aunque sea un pedazo del pakú frito. «Si por lo menos estuviera Te'ó; esto le gusta casi como el dorado». «Pakú solamente tengo», le había dicho su comadre gorda, dueña de un puestecito de comida en el mercado, como si quisiera decirle: «yo tampoco conozco el salmón».

-...él me dijo dónde estaba mi zarcillo con crisólita que se me perdió. Sabe todo luego. Andá si que a verlo, comadre. -La mujer empujó el opulento seno con un movimiento brusco del hombro izquierdo-. A mi sobrina le curó del pasmo que le tumbaba como una escupida. Es muy valé... -insistía, moviendo los gruesos brazos morenos.

-Se está bien aquí... -dijo la vieja, empujando el plato con la comida casi intacta.

El techito de zinc concentraba el calor del mediodía, así como el brasero y el resol que, desde los cuatro costados, apretaba. El polvo de arroz había desaparecido con el sudor y sólo quedaban algunas gotitas blancuzcas marcadas sobre la nariz. La cabellera renegrida de la comadre enviaba reflejos azulados que le obligaba a entrecerrar los ojos.

-La gente dice que es luisón, de pura envidia nomás... Es el único hijo que te queda... -agregó la comadre, luego de una pausa.

-He'é, y cada vez se parece más a mi finado, que Dios le tenga... -terminó la vieja con un murmullo.

Ella fue la última en pasar, luego que la fila de llagas, tumores, supuraciones, temblores hubiera llevado consigo el sol de la tarde.

-Yo sé para qué usted viene. Cuénteme su mal, señora.

La voz del médico Popyté resonó con seguridad metálica [94] detrás de la mesita cubierta con un pedazo de cretona floreada, detrás de la vela de sebo, detrás de ese rostro delgado con los huesos marcados bajo la piel oscura. Los espejitos colgados caprichosamente reflejaban el resplandor de las tres velas, una sobre la mesa, dos sobre el armarito hecho con cajones de kerosén. «Standard Oil Of California», en letras verdes desteñidas como los yuyos y las botellitas que contenía desordenadamente.

-Ya sé que nunca usted comió salmón, señora, pero eso mismo puede ayudarnos.

La vieja contemplaba absorta esos labios finos que apenas se movían para decirle cosas incomprensibles. La mirada firme, brillante del hombre le traspasaba, y sus cabellos blanquísimos sobre el rostro moreno le conferían una especie de aura. ¿Qué significaba Standard Oil...?, ¿y salmón? De golpe vio el ave negra sobre el armario.

-¡Basta, basta, señora! Su caso es difícil pero no imposible -interrumpió médico Popyté luego de un rato que la vieja hubiera comenzado a contarle-. Ya he reparado en la sensibilidad y la compenetración. Es un caso muy interesante...

«Qué bien habla, igual que el maestro Cáceres, ¡pero es más sustancioso! Tiene razón comadre».

-Yo no le puedo decir exactamente el lugar, porque la geografía es una dimensión que escapa al campo del espíritu...

El cuervo volaba entre nubes brillantes como espejos. La voz adormecía de tan melodiosa. «Y qué bien pronuncia. Standard Oil... salmón... dimensión... Chepí Rolón sí que era buen amigo de Te'ó». [95]

-Usted es la única que puede obtener la respuesta, porque el cordón umbilical no se corta con el frío metal que separa al niño de su origen.

El cuervo seguía volando... «of California... cordón umbilical... parece música... no se entiende muy bien... cómo brillan sus ojos...».

-...la memoria fetal no se extingue nunca y perdura sobre todo a través de los sentidos. Esto produce una forma de comunicación, se transmite, los efluvios. La vista no, porque la oscuridad reina en la cavidad materna. Pero sí las otras sensaciones: el tacto, el gusto, el olfato, el oído. Usted puede... la única que puede... va a sentir... usted puede...

La vieja volaba junto con el cuervo... «-standard... salmón... dorado...».

-...usted puede... usted siente... siente... toca algo... toca...

Movió levemente la mano, sintió algo blanduzco sobre la yema de los dedos.
«...dorado... dorado destripado... blanduzco... frío... tengo que fritarlo luego...».

-...usted siente... siente bien... huele... huele... huele...

Hinchó las ventanillas de la nariz ya sin polvo de arroz.

Un olor dulce, «...como cuando...». El cuervo bajaba lentamente.

-...usted siente, a través del viento, oye perfectamente... oye...

Ladeó un poco la cabeza «...se diría seda rasgada... o la carne que se corta... o la gelatina del ojo... o la lengua... cada vez se parece más a mi finado...». [96] [97]

Aniversario
[98] [99]

Hace unos días no tenía ninguna noticia de este hombre fuerte, moreno, que ocupa la cabecera de enfrente; este hombre que, sin embargo, se parece en muchas cosas a la imagen que yo solía ver diariamente en los espejos de hace 20 ó 30 años. Porque desde entonces he cambiado bastante; aunque no he engordado -el mucho camino, seguramente-, la piel ha empezado a arrugárseme por todas partes (cuello gusano, cara de leche), la polvareda de los caminos, la suciedad de los pueblos se me ha subido a la cabeza, se me ha metido en el bigote, y la voz se me volvió un poco más ronca, por la caña que va rascando el pecho, a lo mejor. Mi guitarra también se puso un poco más vieja, más color de mano andariega o jugo de naco, de tanto sobarla y toquetearla y sacarle música y ordenarle alegría y hacerla llorar; no hay noche que la pobre no vomite el alma. Pero esto sólo pasa en la cáscara, porque cuando me pongo a cantar -y mi guitarra conmigo-, la gente dice todavía: «canta lindo el [100] mozo», y las primas y las bordonas suenan como campanas, salen del fondo de la caja y hacen llorar a las muchachas en las serenatas. Juntos andamos de valle en valle, de pueblo en pueblo, de fiesta patronal en fiesta patronal, porque el almanaque Bristol -que me lo sé de memoria- trae más de un santo por día y cada lugar es devoto de alguno. Un pueblo sin patrono no es posible, y el único que conocí, Isla Po'í en el sur, se fue muriendo desde que los dueños llevaron el San Blas patrono y los otros no se decidieron a reemplazarlo. Así, con mi guitarra cantando de noche en noche y de pueblo en pueblo. Pero a éste hacía mucho tiempo que no llegaba, años sin parar, desde la última vez en que estuve para los festejos de la Santa Patrona del Rosario y que canté varias noches seguidas en la plazoleta del mercado. No me acordaba muy bien del pueblo; aquí llegué otra vez porque estaba en mi camino, porque sí, como el viento que arriba y se va y se arrima de nuevo, aunque empiezo a creer que por algo más. Así que llegué y me fui al mercado a desayunar; la gente

me rodeó; algunos decían reconocirme, sobre todo la vieja chicharronera del puestito en que me había instalado. Los curiosos me miraban, se fijaban en mi guitarra, y parece que corrió la voz.

-Usted es José Domingo... -dijo por encima de mi cabeza inclinada sobre el plato. Levanté la vista hacia la voz y casi se me cae la cuchara de la mano; un bicho comenzó a pasearme por el espinazo.

-Servidor...

Ahí me acordé que un embarcadizo me había dicho, hacía tiempo, pero tantas veces me habían arrimado cosas [101] que no había hecho. Sin embargo, aquí no había mula; esos ojos, la boca, casi con el mismo bigote, la inclinación de la cabeza; si no fuera por el color más subido y el tamaño robusto, diría que era yo mismo.

-Yo soy el hijo de Damiana... -dijo la voz insegura.

Me levanté despacito, apoyándome en la mesa de tabla, en los caballetes se hubiera podido sentir el ritmo de mi corazón tamborero, creo que la silla cayó hacia atrás cuando nos abrazamos. La vieja chicharronera lloraba, la gente hablaba en voz baja, muchos tenían la mirada vidriosa. Que Damiana había muerto, de aquí a cinco años atrás; que se había acordado siempre de José Domingo, el cantador; que la hermana se había quedado sola en el puesto del mercado; que estaba seguro que su padre vendría alguna vez; que nada especial, que tenía un negocio y no funcionaba mal; que debía irme a la casa, a vivir con él; bueno aunque sea unos días, y después ya veremos. Pero antes saqué la guitarra de su funda y estuve cantando algunas canciones en recordación de aquella muchacha morena, mi compañera durante la fiesta de la Virgen del Rosario, en un Guarnipitán igual al que había visto esta mañana al entrar con el alba en las calles llenas de rocío, pero 25 ó 30 años más joven, el pueblo y yo.

Bueno, y aquí estamos en la casa de mi hijo José Rosario, festejando su cumpleaños; hoy cierra los treinta y hay que celebrar como corresponde, los años y este encuentro. Es una farrá de ley. Comenzamos a chupar por la mañana, mientras el asado chorreaba sobre el gran fuego del patio. En la larga mesa que se armó en la sala de recibo -hoy la casa no funciona- están sentados los amigos de mi hijo y los [102] mejores dientes, algunos de ellos notables del pueblo; el Oficial 1.º Chaparro, enclenque y bizco -me parece que recibe una coima para proteger la casa-; las pupilas, no todas, sólo las más presentables y las que saben usar correctamente los cubiertos. A las putas vejanconas, a las gordas y a las desdentadas, se las ve pasar de tanto en tanto por la puerta que da al patio arrojando un haz de penumbra, de curiosidad. En una cabecera, el patrón, José Rosario; en la de enfrente yo, su padre, José Domingo, los dos tan chochos y tan contentos de encontrarnos así, frente a frente y tan cerquita, y hace una semana no nos conocíamos ni de vista. Qué le parece, como decía mi compadre Melitón, si hasta se me antoja que es un sueño; este muchachón autoritario y tierno que se instala de golpe en mi vida, como queriendo hacer echar raíces a una hoja; esta gente de quien no tenía la menor noticia, que ahora me trata de señor, don José Domingo, que se hace señas de silencio cuando voy a cantar y cuchichea «el artista, hay que respetar al artista»; estas muchachas de pelos diferentes y cambiantes, las empleadas de

mi hijo; esa larga mesa en que los tragos y los brindis van montando. Hace cuatro días no hubiera ni soñado que todo esto iba a sucederme en este pueblo, perdido en la polvareda de mis recuerdos. Una de tantas semillas arrojadas en el camino que había prendido, así nomás, en el lugar menos pensado. Uno se cree libre, libre viento, y de repente se da cuenta que no sólo hay un montón de cuerdas, canciones, recuerdos que lo estuvieron atando siempre, sino también algo más serio: esto, mi hijo que vino sin querer pero al que se quiere en seguida, que se [103] mete bajo la piel, como el calor que siempre estuvo allí, aunque más no fuera sino como una falta, o el músculo que nunca se usó, pero que quieto y escondido también estaba allí. Ahora levanta la copa dirigiéndose a mí, de tanto en tanto brinda conmigo, como esperando algo o buscando una complicidad, posiblemente la llave que ha de terminar de abrir la cerradura que comenzó a aflojarse en estos días de conversaciones torrenciales y desordenadas como aguaceros esparcidos. Mamá esto, mamita aquello; qué admiración y está bien que la recuerde con cariño. Me parece que buscaba alguna reacción de mi parte; yo escuchándole, casi callado, moviendo la cabeza. Es que no me acuerdo muy bien; eso sí, era muy linda aquella morena que rebosaba sal; pero menos de una semana juntos, cuando mi guitarra se callaba y el baile se acababa en la polvorosa plazoleta del mercado. «Por don José Domingo, gran músico y cantor», ruidos y vasos que me miran. «Por el patrón, don José Rosario», los ruidos crecen, mi hijo abre grande los dientes blancos, uno de oro al costado, los ojos muy brillantes. «Por Nancy, la chica más...», las risas tapan las últimas palabras y el Oficial 1.º hipa ruidosamente; la Nancy tiene la cara muy colorada y pega un salto cuando su vecino le pincha debajo de la mesa. Mamita me ayudaba, para conseguir las chicas, por ejemplo, a Nancy, que es buena muchacha, ella la encontró en el mercado buscando colocación en casa de familia. Y bueno, ahora tiene un oficio como cualquier otro, gana bien y se la cuida; yo no permito a cualquier borracho que venga a hacer quilombo: ésta es casa de respeto. Mi hijo me está mirando ojo de cristal brilla [104] rojizo. Ya está, levanto mi copa repleta, mihijomemira, ojosememiran, sehaceunsilencio, crececrece, meahoga, nopuedomás, habloalfin: «Por mi hijo José Rosario y sus treinta. Por doña Damiana, su madre y...». Ya está, vuelta de llave; abierto el silencio espeso, nadie dice mu, manos en alto, copas alzadas. Esto estaba esperando; se levanta, me agradece con los ojos, con la sonrisa: «Yo no sé discursar, pero quiero recordar hoy, en esta ocasión especialísima, en presencia de mi padre querido, a una gran mujer, una verdadera mujer, que con su trabajo y su alegría supo mantener un hogar honesto, digno y cristiano...», varios ojos miran el nicho con la Santa Virgen sobre la cabeza de mi hijo. De golpe me acuerdo mejor de la muchacha cariñosa que las palabras de ese muchachón me están devolviendo; ojos relucientes, fuego para el baile, para el amor, «...era además una artista, seguramente que por eso se eligieron; nadie en el pueblo, nadie en todo el departamento, en mil leguas a la redonda, tiene la mano tan rica, ningún cristiano es capaz de hacer el chicharrón como ella hacía...», mi hijo comienza a lagrimear. «Sí, sí, sí, claro... doña Damiana... sí, sí... la señora Damiana...», murmuran las cabezas que suben y bajan; la Nancy gimotea, moquea un poco y pide un pañuelo al gordo que está a su derecha; el Oficial 1.º Chaparro sigue hipando; varios pañuelos aparecen, otros llevan disimuladamente el dorso de la mano a los ojos, «...un hasta verte Cristo mío por eso santa...», la voz se le apaga en el nudo de la garganta. Bebo hasta el fondo del gran vaso oscuro; siento la sal de una gota que bajando por la mejilla llega a mis labios y se mezcla con el gusto del vino. [105]

La operación
[106] [107]

-Es necesario que me vaya.

El pelo levemente ceniza en las sienes y las estrías en la comisura de los ojos le dan un aire más interesante, más masculino, pensó.

-No te apures tanto. Hace tiempo que no nos vemos... Esta noche me haces más falta a mí.

La mirada del hombre brilló sobre la piel apenas cubierta de la muchacha. Un resplandor fue subiendo desde los pies por las piernas morenas hasta donde las sábanas ponían una isla blanca, y se hundió en el vientre.

-No creas. Aún tengo que dar cuenta de tu llegada y transmitir las instrucciones. La operación debe comenzar en seguida.

-Sí, pero mucha cautela. Es importante no fallar ésta. Ya saben dónde encontrarme pasado mañana. Mucha cautela... -repitió pausadamente, como hablando consigo mismo.
[108]

Se estaba abotonando la blusa. Él miraba sus muslos a través de la enagua transparente.

-Será mejor que te quedes hasta la mañana..., o quizás podría acompañarte...

-¡Estás loco! ¡Ni pensarlo!

Se quedó pensativo, sin decir palabra, los brazos bajo la nuca y la mirada perdida en las paralelas de los tirantes del techo que conducían al ventanuco. Por allí se desemboca a la noche, aunque no se la veía.

-Pero... -dijo sin moverse.

Ella terminaba de peinarse mientras se ponía los zapatos. Parecía no haberle oído.

Cuando se agachó para besarle, él pareció despertarse. La estiró bruscamente, como con furia, y la hizo trastrabillar sobre la cama. La besó repetidas veces; le pasó suavemente las manos por los pechos, sobre el rostro; luego los labios.

-Me voy... -dijo ella y se levantó de golpe.

-Explicale bien a Fabián. No podemos fallar -contestó él, sin oponer resistencia a la partida. Se miró las manos vacías y por entre los dedos abiertos contempló la figura esbelta

de la muchacha, que se prolongó hasta el techo. Se sentó en la cama y le guiñó un ojo-.
¿Vas a ir a verme pasado mañana?

-A su orden mi general -respondió con una ancha sonrisa, mientras hacía una venia cómica con la mano izquierda-. Hasta el viernes -susurró, y la sonrisa se fue apagando en una mueca imprecisa, casi triste.

-Te esperaré... Decile a los muchachos que puño cerrado y duro. Mucho ánimo, y cuidado. [109]

Por la puerta entró una ráfaga de sombra con el aroma de la noche. Los jazmines, las estrellas, el mangal, los naranjos del patio. Escuchó todavía los pasos, cada vez más blandos; luego el chirrido del portón de hierro. Un oscuro silencio lo envolvió, como dentro de una bolsa.

El humo sube desde su mano.

(La niebla invade la ciudad, palmo a palmo; la sitia casa por casa, hombre por hombre.)

Otra vez adentro, luego de tanto tiempo... El espejo le devuelve un rostro joven, unos músculos elásticos recorriendo las calles soleadas, la campiña incendiada bajo un reverbero de fuego. Un adolescente gritando aquí bajo los aleros del viejo colegio; trepado más allá a la estatua del prócer venerable, pleno de fervor ante el viento agitado de las cabezas juveniles, ante el vendaval de los bramidos. Luego el comité; la casona destartalada, cerca del río, donde se los amontona como a bestias en vagón de carga; la camaradería extraña de la cárcel y el odio súbito, inmotivado de los compañeros.

(Los tacos acompasados cercan las calles, manzana por manzana, patio por patio.)

Una sombra transparente acompaña sus pasos por la ciudad clandestina. Lentamente tras los anteojos oscuros; oscuramente bajo las noches, de madriguera en madriguera. Tapias, patios, escaleras, cubiles, palabras en sordina, reuniones sin lámpara y fugas precipitadas.

(El humo que sale de la boca de los fusiles sitia los minutos marcados por el tic-tac de las sienas.)

Luego los horizontes distantes; nuevos rostros, nuevas [110] experiencias, nuevas tácticas; toda la miseria en el recuerdo. «Yo encarno, yo soy la revolución; hay que probar al mundo la ignominia de la dictadura. En fin de cuentas, la misión es muy importante. Mucha consideración por todas partes..., y es natural que así sea... a pesar de lo que diga algún mediocre como Martínez... La envidia es cosa seria en el exilio... No, es muy importante, qué embromar. Me acuerdo de aquella muchacha en...».

El grito le traspasó como un cuchillo. ¿Venía desde el sueño o sólo desde su conciencia? Tal vez desde la calle. Miró mecánicamente el sitio del reloj en la muñeca desnuda. Vio las colillas en el suelo, cerca de sus pies, mientras el humo seguía subiendo hacia el foco colgado de la sombra sucia del techo. Recién ahora precisaba el zumbido de la mosca que

un rato antes daba vueltas posándose en su brazo, en la sábana, en su mano, en la mesa, en su cuello, en su mano; recién ahora que le veía apasionada en la telaraña de un ángulo del techo y la pared, a su izquierda.

Un rumor crecía afuera como sordo ladrido de jauría. Un postigo se cerró; de inmediato se oyó el estampido de otra persiana; una tercera ventana se cegó de súbito. El grito de nuevo, acezado por voces confusas en algún lugar del empedrado que se acercaba y se alejaba. El cerrojo del fusil hizo un ruido seco. La mujer gemía.

-Ekiririke. Callesé py.

El picaporte frío en el hueco de su mano. Una paloma enloquecida batía las alas desde su pecho hasta la garganta y otra bajaba hacia el esfínter. Sitió el roce que le ahogaba y [111] los alfilerazos punzantes abajo. Un vacío alrededor y el vaivén que le apretaba el resuello y le aflojaba el gollete por el otro lado. Un grillo roía algún rinconcito oscuro de la pieza. La mosca zumbaba cada vez más desesperadamente, tratando inútilmente de escapar de las redes que la tenían. Recordó de aquella sirvienta violada bajo la escalinata, a la que el último soldado de la gorra habría poseído posiblemente ya sin vida.

¿Qué era eso? ¿Un nuevo grito o sólo el ruido del revoloteo incesante en su pecho, entre sus tripas?

-¡Carajo!

Se asustó del sonido de su propia voz. Apretó más fuerte la empuñadura de la pistola. Un manotón al interruptor y el foco, la cama, las paredes descascaradas se hundieron en la sombra, junto con el canto del grillo y el ángulo en que la mosca había cesado de ronronear.

Un silencio espeso, oscuro llegaba desde la calle. [112] [113]

Pacto de sangre
[114] [115]

1

Agosto comenzó soleado y tibio, como para disimular. Pero pronto las flores amarillas le fueron dando su olor de inminencia y el espartillo seco su tinte exangüe. Pronto el norte templó sus cuerdas secas y en la guitarra tensa del viento, en la inquietud de los animales se olió todo el presentimiento. Luego la lluvia puso la calma provisoria. La languidez de la lluvia afloja la tensión extrema. Así fue hacia fines de aquel agosto, en que mi gente comenzó a reponerse de la sorpresa. Digo mi gente, la más mía; no la que vino conmigo, sino la que me vio nacer, jugar, crecer; la que me conoció como «el hijo de don Rivero» y luego se apresuró a llamarme «el Doctor», y que ahora contemplaba con asombro mi inusitado regreso.

Siempre había sido así, siempre es así; el viento norte [116] incendia y la lluvia apaga el furor. Ahorita mismo las ramas de los árboles se estiraban, los pastos se distendían y las raíces se meneaban como gusanos, como culebras. Y de golpe, en medio de esa tirantez, se instauró el silencio total -se lo hubiera podido tocar, medir por la cinta de los relámpagos-, y luego la lluvia, el largo concierto de la lluvia. Especial para dormir; ¡si uno pudiera cerrar los ojos! Pero no; sigue la lluvia, interminable como el tiempo vacío que nos ata, como esta lluvia interminable, como este tiempo...

2

Vine aquí y me llené de ausencias; vine y me ensucié con recuerdos, me embadurné de muertos.

Vine y comprobé que todo era distinto, que había pasado una eternidad desde que la violencia nos echó de estos sitios, desde que el odio excreó el apellido que mi abuelo de larga barba blanca había criado con sus ovejas y sus vacas; el que mi tatarabuelo campesino había sembrado con cada grano en este pedazo de tierra roja como un vientre abierto de mujer -las paridoras mujeres en mi espalda-; en esta tierra sementada con sudor, que se fue convirtiendo en Rivero-yvy, la tierra de los Rivero, o mejor aún el equivalente de la forma contractiva guaraní, Rivero-tierra, como si la sangre y la vida y el nombre se fueran [117] traspasando a la tierra o ésta fuera absorbiendo, apropiándose palmo a palmo de nosotros, de nuestra existencia, tiñéndose de greda roja la sangre.

3

Estábamos los dos bajo la sombra azul de los paraísos. Una mujer delgada nos llamó.

-Para vos uno de oro; para Proní uno de plata...

La impaciencia nos hacía morder los papeles brillantes mientras el chocolate se ablandaba en el calor de los dedos excitados. Mi madre siempre sonreía, nos hablaba dulcemente, arrimando con su voz trocitos de palos, cáscaras navegantes, barquitos de papel con banderitas de colores.

Una vez la vi llorar y sentí que se apagaba alguna cosa dentro de mi pecho. Oscuramente culpé a mi padre de esas lágrimas. El gran respeto que sentía hacia él nunca llegó al temor; deslumbramiento sí, admiración hacia ese hombre fuerte cuya sola mano posada en mi hombro me daba la seguridad total. Cuando pequeño me gustaba que me alzara en sus brazos; me sentía en la gloria trepado sobre sus hombros, en la cima de una montaña. Pero para dormir o para llorar buscaba el pedazo de calor que había entre mi cara en el regazo de mi madre y la caricia de su mano tibia en mi cabeza. Ella nos contaba cuentos y de golpe yo era el príncipe que rescata a Cenicienta de entre el hollín, Hansel [118] comiendo las paredes de caramelo en la casa de la bruja o uno de los chicos encantados por la música maravillosa del flautista en las calles de Hamelín.

Nunca entendí por qué a Proní no le impresionó cuando le conté lo del llanto de mi madre; quizá porque no la vio en ese momento. Yo jamás pude olvidar ese desmoronamiento de su sonrisa, y aún ahora, cuando oigo llover por encima, me duelen todavía sus lágrimas.

4

Creíamos contar con el apoyo de los campesinos. Les hablamos de reforma agraria, de seguridad en la colocación de sus productos, de libertad, de justicia social. Cuando era conveniente invocábamos el nombre de mi padre, sus luchas por ellos, la ayuda que siempre había dispensado a los desheredados. Nunca requisamos nada; pagábamos un precio justo por los productos que necesitábamos o por los animales que carneábamos. Pese a todo esto, y salvo excepciones, nos encontramos con la desconfianza de la gente; nos ayudaban más por miedo que por aceptación de nuestra prédica. Los rostros no mostraban gran entusiasmo. La desconfianza se convirtió en hostilidad cuando comenzaron las primeras represalias de las tropas gubernistas contra los campesinos que nos habían prestado algún apoyo. Más luego supimos que el Ministro del Interior en persona había [119] venido a hablarles durante una farra y a repartirles ponchos, en medio de la borrachera. No habíamos tenido en cuenta otra circunstancia negativa: los amigos de mi padre, sus compañeros de causa estaban todos muertos o en el destierro, ellos y sus hijos. Al único que pudimos encontrar fue a Crisanto Reinoso, atado a una hamaca en su tapera miserable. Yo había estado con mi padre cuando los naranjos se veían cargados de frutos y florecían los niño-azoté frente al espacioso rancho encalado. Crisanto era una ruina más lamentable que su casa; estaba derrumbado en una hamaca, prácticamente inválido por la edad y las consecuencias de las torturas sufridas, ciego y carcomido por la amargura. Me tocó la cara con las manos ásperas y lloró desde el fondo de sus ojos sin luz. Sus pupilas brillaron un instante, quemadas desde dentro por los recuerdos. Me preguntó detalles sobre la muerte de mi padre. Cuando le enteré de la misión que nos traía, quiso ir con nosotros. «Si tuviera aquí tu taitá... carajo... estos bandidos...», exclamaba en medio del sollozo que le entrecortaba la voz cascada. «Si estuvieran Agüí Medina y Peruco Saldívar y Aniano Rebollo... estos miserables ya no... estos hijos de puta...», gritaba tratando de incorporarse en su hamaca deshilachada. Su larga figura descoyuntada recobraba de golpe el brío juvenil. [120]

5

Vine aquí y comprobé que todo era igual. Vine para ver de nuevo estallar el pecho de mi padre; para volver a sentir el fuego quemando las entrañas de mi madre. Vine para recuperar el rostro imaginado de Carmencita expulsando el coágulo de sangre que le llevó la vida consigo. Vine para recordar el gesto lánguido de Marcela hablando de la revolución, tendida en su canapé rojo borra de vino.

Vine y no hice sino convivir con mis propios fantasmas, como se toma un tren que lleva hacia la soledad infinita, infinitamente poblada. Entonces comprendí que éste era el camino definitivo, la única salida, o simplemente, la salida. Y peleé con furia, con encarnizamiento, con rabia para defender mis tierras, no las que los olvidados papeles testamentarios y mi condición de hijo legítimo de los Rivero de Loma Perú y Paso Guavirá pudieran

adjudicarme, sino las otras, el territorio inscrito folio tras folio, hora tras hora, sueño tras sueño en el manoseado legajo de mi vida.

Vine y me encontré con que todo era igual. O casi, porque lo que nunca hubiera podido imaginar es que me toparía con la mirada envenenada y huidiza de Proní. [121]

6

Más de una vez se me ocurrió que no fue una partida sino una fuga. Pero, ¿de quién? ¿de qué?

Marcela me gustaba. A veces le sorprendía sonriendo igual que mi madre. Me gustaba su figura fina, estilizada, su aire de tedio, sus pequeños gritos de bestezuela herida, su ardor arañando mi espalda durante el amor, sus silencios largos, sus sonrisas relampagueantes. Su compañía me ayudaba a sobrellevar toda la falsedad de la «lucha por la liberación», esa engañifa que nos hacíamos a nosotros mismos para justificar nuestra condición de exiliados rebeldes, ese hábito de «conspirar» en el café de costumbre, con los mismos de siempre. El destierro nos estaba gastando, volviendo estropajo, convirtiendo en naufragos. En los «comités por la liberación» había que enfrentarse antes que nada con las bajezas de los compañeros; la pequeña, corrosiva, rastrea lucha interna: los naufragos disputándose un poco de agua dulce, un hueso roído o el ilusorio comando de la balsa. Los jefes, fogosos fabricantes de discursos vacíos, terminaban siempre con frases implícitamente equivalentes a la célebre «armémonos de coraje y váyanse a pelear» que se atribuía a uno de los líderes en un momento de sinceridad alcohólica. La verdad es que cuando se abrió el frente sur, pocos fuimos los candidatos a asumir un puesto de acción en el terreno; la mayoría se consideró indispensable en los comités del destierro «para mantener viva la llama de la lucha de nuestro pueblo ante los ojos del mundo». [122]

Frente a esta mentira cotidiana, la compañía de Marcela, sincera en su tedio heredado, era casi un baño de pureza. Ni siquiera le podía reprochar sus lecturas «revolucionarias». Su inautenticidad, a fuerza de ingenuidad, resultaba verdadera. En el fondo -y yo lo sabía bien- no era sino una niña, pobre niña mimada en busca de sí misma. Su compañía me había resultado encantadora hasta un cierto momento.

7

Desde que tengo uso de memoria me acuerdo de Proní. Siempre estuvo allí cerca, como el gran sillón-hamaca en cuero de nonato en la sala, las botellas de ginebra enterradas boca abajo para limitar los canteros de flores o el tajamar detrás de la casa. Además, éramos «hermanos de sangre». El «pacto» lo habíamos concertado luego de leer alguna novela de aventuras; con una gilette nos dimos cada uno un tajito en el brazo del corazón y gota con gota, a sellar el «pacto de sangre» que convierte a dos seres en hermanos, con un vínculo más duradero que el del nacimiento de una misma madre, como afirmaba el novelón. La resaca de los días fue amontonando sobre esas gotitas de sangre pedazos de recursos, desperdicios, trocitos de alegría o chorritos de lágrimas: sentimientos comunes, secretos compartidos. Sobre todo, lo del pora que una noche vimos -o oímos- juntos en el monte «lasánima». Los peones decían que en [123] ese montículo, en cuya cumbre había como

una galería cubierta en medio de la tupida vegetación, aparecían fantasmas, porque dos troperos habían sido asesinados allí, en una emboscada. La leyenda popular agregaba que tratándose de una turbia historia de polleras, y como además las víctimas habían muerto sin confesión ni sacramento, sus almas en pena vagaban por los alrededores buscando reposo. De ahí el nombre del montecito -las ánimas- situado no lejos de la casa. Proní y yo habíamos convivido con los pomberos familiares que por la noche venían a buscar el naco que la vieja cocinera les dejaba en el mortero; habíamos visto las pisadas del jasy-jateré y descubierto la hamaca hecha por él de dos hojas de maíz atadas, cuando se reposaba en medio del plantío incendiado de la siesta. Conocíamos, además, las andanzas del luisón en las noches de luna llena y a los hijos del lúbrico kurupí -a quien se atribuían todos los críos mostrencos-, pero nunca habíamos trabado relaciones con la personalidad mítica más respetada y temida, el pora. De manera que un atardecer de amenaza, a escondidas, nos lanzamos hacia el monte «lasánima». Era una empresa temeraria, porque luego de la oración, nadie se animaba a pasar cerca del lugar maldito. Las tardes de julio son cortas; una penumbra tensa, sobrecargada por la inminente tormenta y el miedo, oscurecía la galería del montecito. Tomados de la mano, sentíamos chirriar las ramas y nuestros dientes. Cerca ya de la limpiada, de golpe mil víboras de fuego nos rodearon; el trueno nos alcanzó en plena carrera desesperada, perseguidos por un caballo de dos cabezas que echaba fuego por los cuatro ojos, según me [124] pareció a mí; por un enorme perro sin cabeza con una llamarada en el cuello tronzado, según Proní; perseguidos -en esto coincidíamos- por el galope desenfrenado de la lluvia. Cuando pudimos darnos cuenta, estábamos acurrucados, temblando, en el galpón de los aperos. Nunca se lo contamos a nadie; el pora del monte «lasánima» quedó como un gran secreto entre nosotros.

8

También pudiera ser que haya venido a buscar el olvido. Un refugio en la marea montante del tedio. Marcela era más que un simple desencadenamiento de las fuerzas naturales en mi existencia de desterrado. Ahora mismo estará preguntándose qué será de mí, junto a Dudú, ese horrible caniche de bolsillo que significaba en su vida tanto como su historia familiar y sus recuerdos sentimentales; estará escuchando sus discos de jazz, sin otra ropa encima que su elegante bata de seda china, sobre el canapé color borra de vino, la larga cabellera suelta sobre la redondez de los hombros. No dejará de interrogar a su vaso, a sus manos cuidadas, de uñas largas, perfectamente ovales. Ni el humo sempiterno subiendo de sus labios carnosos, ni la música estridente, lánguida, lastimera de su combinado estereofónico podrán contestarle.

Cuando nos encontramos era ya la muchacha libre, [125] aburrida, cansada de todo, que buscaba «algo», en medio de la facilidad de quien nace con el lujo puesto, rodeada de personas tontas, que termina sin saber qué hacer con todo eso que no llena ni el hueco de uno de sus finos zapatos italianos. La última vez que la vi -esa hermosa noche en que fuimos a la «Manzana azul», cerca del olor penetrante del Riachuelo- estaba entusiasmada con un tratado sobre táctica guerrillera. Su entusiasmo pueril resultaba tan encantador como inocuo. Esa noche la sentí de nuevo muy cerca. Yo no podía enterarla de mis proyectos inmediatos, ni siquiera de mi inminente partida. Pero el aire lánguido de la tarde sobre las calles de otoño tardío, el poniente pintado de rojo, la ciudad, la languidez de aquella noche estrellada, hablaban de despedida. ¿Hasta qué punto era consciente de lo que estaba por

ocurrir? El ardor desacostumbrado -ya por entonces- de sus últimos besos, antes de morirnos en la oscuridad, me hace sospechar que intuía todo. La despedida estaba en la comisura caída de sus labios, en la trenza con que aquella noche se adornó, como una guirnalda seca colgando de la cabeza de una estatua.

9

«La ametralladora es un arma automática que por efecto del retroceso y en combinación con un recuperador carga y dispara, extrae y arroja las vainillas vacías». Me convencí de [126] que venía para escapar a la inacción de las frases huecas con que nos «instruían» antiguos reservistas del Chaco o ex combatientes de las múltiples «revoluciones», viejos profesionales de levantamientos abortados, de rebeliones en el vacío, encallecidos en teorías arcaicas y tácticas superadas. No sabía exactamente por qué había elegido esta zona. Miento, sí lo sabía. Ante el Comando Central de Operaciones aduje argumentos suficientemente válidos para que se abriera el frente sur en esta zona y para que me destacaran aquí. Iban en favor de mi proposición, la característica boscosa de la región, la pobreza de los campesinos, de los que yo guardaba un recuerdo de lealtad y valentía. Por otro lado, conocía palmo a palmo el terreno. Además, mi apellido -la herencia de las luchas de mi padre, el prestigio de los Rivero-, podía significar alguna cosa entre los campesinos. Mi firme decisión de emprender la lucha armada, así como mi trayectoria de antiguo dirigente universitario, las cárceles sufridas, el activismo político y finalmente el exilio, todo sumado a las anteriores razones hicieron que se me confiara la jefatura del contingente y de las operaciones. Al Comando Central le pareció adecuado el plan elaborado por mí y luego de múltiples discusiones, juzgó pertinente fijar como posible Puesto de Comando del frente sur, la estancia semiabandonada de los Rivero en Paso Guavirá. El acceso desde la orilla en que íbamos a cruzar el río era factible y la posición estratégica, inmejorable. [127]

10

Carmencita era un poco menor que nosotros. Vino a vivir en la casa cuando su madre, la madre de Proní, murió. Nunca pude saber si en efecto era hija de mi tío Constancio, como se decía por ahí. En todo caso no llevaba el apellido, pero sí los ojos verdosos de aquel viejo padrillo de la región. Recuerdo sus ojos estriados, la sonrisa pícara y los pechitos que empezaban a brotarle como los limones de Palermo con que jugábamos. Claro que de esto último no me di cuenta sino después, porque al principio sólo se trataba de los inocentes juegos, a los que no tardó en incorporarse, luego de la inicial resistencia que por novata, mujer y menor, le opusimos con Proní. Pese a la diferencia de edad, era mucho más despierta que nosotros; en seguida comenzó a involucrarnos, a sobarnos, a imponérsenos. Sin que nos diéramos cuenta, al poco tiempo ella era quien dirigía la patota de chicos que habitaba el caserón y las dependencias. Fue Carmencita quien introdujo la pelota prisionera y el tuka'é escondido. «Koreko, koreko...», gritaba Proní u otro compañero de juego, y se ponía a buscarnos dentro del barril vacío, detrás de las bolsas de maíz o de afrecho, de los fardos de alfalfa, bajo los catres del galpón o entre el ramaje de los árboles frondosos. Tardé en darme cuenta que casi siempre ella buscaba mi compañía en este juego de escondite que tanto nos apasionaba; al principio atribuía su respiración agitada al esfuerzo que nos oponía en lucha libre en que nos trenzábamos y que nos hacía rodar por tierra. Cuando [128] aquella siesta cálida vino al cuarto en que trataba de despegar el calor de mi

cuerpo revolcándome en el catre de lona, creí que en realidad venía a pedir mi protección. «Luchí me mostró su cosa...», me dijo. Luego entendí que no se trataba de eso, y que el aire consternado que puso no era sino una máscara. Aquella siesta desperté de golpe a sensaciones desconocidas, misteriosas, embriagantes, en medio de una sábana caliente que nos envolvía, junto al fuego adolescente del cuerpo elástico de Carmencita, que había adquirido redondeces hasta entonces no distinguidas por mí. Ya por entonces un bozo rebelde y vergonzante manchaba mi labio superior y la voz había cobrado inflexiones de tono inestables. Todo eso percibí al final de aquella siesta furiosa, encendida y triste de mediados del verano.

11

O tal vez sí; tal vez pudiera haberse tratado de una fuga. Su compañía me resultó encantadora hasta un cierto momento. De repente una capa de ausencia nos cubrió, una fosa de silencio nos fue separando. Nuestros encuentros fueron páginas blancas manchadas aquí y allá de monosílabos amarillentos, rencorosos. La palabra ya no funcionaba entre nosotros y la materia viscosa que ocupaba su lugar no era un elemento inocuo; nos pesaba, nos molestaba profundamente, nos hería, nos rebajaba. Era un silencio pegajoso, [129] una gelatina entre los dedos, entre labio y labio, sobre la lengua, dentro del pecho. Ni siquiera sé cómo comenzó aquello; creo que con una discusión tonta, por nada, en la que Marcela se emperro en tener razón, ironizó, gritó, zapateó como chiquilla mimada. Durante días mantuvimos viva la llama de la discordia, hasta que ella explotó en un llanto, convulso al principio, tranquilo y largo como lluvia de agosto luego. Cuando escampó, el monstruo estaba instalado entre nosotros. Lo habíamos incubado con rabia y allí lo teníamos impasible, alimentándose de todo lo que había existido entre nosotros, de nuestras entrañas, de nosotros mismos. Desde entonces espaciábamos nuestros encuentros, los acertábamos pretextando toda clase de compromisos.

12

Pero existía otra persona que conocía tanto o mejor que yo la región: Aproniano Martínez, Oficial de Compañía de Pindoty.

Cuando el hogar de los Rivero comenzaba a zozobrar zarandeado por las borrascas de la persecución, Proní abandonó la estancia. Solicitó su incorporación en el ejército, a fin de hacer anticipadamente su servicio militar. Fue un tiempo antes de la muerte de Carmencita. Mi padre estaba desterrado. Mi madre me dijo luego que no le había podido [130] arrancar una palabra sobre la causa de su determinación; apenas si algunas frases evasivas y el desviar de la mirada. Fue destinado al cuerpo policial, y habiéndose distinguido, al final de la conscripción fue incorporado al servicio permanente, siendo destacado como Oficial a su región natal. Con gran sorpresa de los pobladores de la zona, participó intensamente en las actividades del comité local del partido oficialista y en la persecución de los «contreras». «Aunque se crió en casa de don Rivero, su padre ya era del partido... y la cabra tira al monte...», decía la gente. Sin embargo, yo jamás le había oído recordar de su padre, a quien por lo demás apenas había conocido.

Cuando el frente sur se instaló, el Oficial de Compañía Aproniano Martínez fue designado como uno de los responsables, reconocido como elemento esencial en la reducción de la montonera rebelde, tan temida por el gobierno.

13

Cuando me enteré, ya era tarde. Vine rápidamente para encontrarme con la ausencia de Carmencita, la cruz con su nombre en el labio del monte y el rostro hosco de mi madre. Una máscara de silencio; apenas si me habló durante los pocos días que duró mi permanencia, pero su callado reproche me dolía aún más. Como si no bastara con lo que me pesaba la muerte de Carmencita y la extinción prematura [131] de aquel fuego fatuo que pudo ser mi hijo, sin que yo lo supiera, sin que ni siquiera me diese cuenta; todo tan ajeno a mi voluntad. La vieja Anuncia fue quien, detrás de sus ollas negras, me contó lo ocurrido. ¿Qué pudo inducirla a recurrir a Mana, la curandera de la loma? ¿la vergüenza, el miedo a mis padres, el temor de que yo no aceptara la paternidad? Los brebajes de la vieja pajesera apagaron la risa fresca de Carmencita. Es lo que pensé en aquel momento, para disculparme, quizá; luego vi las cosas con mayor serenidad, con menos deseos de autojustificarme. Nunca pude superar el sentimiento de culpa que el cura Laya me metió junto con el tremendo catecismo de la primera comunión; jamás he podido dejar de esquivar la cabeza ante el gesto amenazador de ese Dios temible que me mostraron en mi niñez. El centro de esos temores infantiles era, naturalmente, el pecado original; la ingestión de la maldecida manzana que una siesta me expulsó del paraíso, en compañía de una Eva niña vagamente salida de la costilla familiar. Desde el primer instante de nuestras relaciones oscuramente presentí la desgracia. Y de golpe me encontraba cara a cara con el desenlace temido; estaba solo con mi culpa: el coágulo que empujó a Carmencita hacia su propia noche era un pedazo de mi sangre. La pena y el remordimiento eran una serpiente que se mordía la cola. Si hubiese llegado a nacer, hubiera sido del azar, del calor adolescente de las siestas -casi un hijo de jasy-jateré-, el fruto vergonzante de amores inconfesables, medio incestuosos, pero aún más difícil de nombrar por algo que entonces sólo intuí: ella era la huérfana de parentesco [132] incierto recogida por caridad cristiana; yo el hijo del patrón...

Muchas veces pensé luego en la sorpresa que habría experimentado Carmencita al sentir crecer en sus entrañas aquella criatura impensada, aquel bicho raro; en el temor que la llevó al desesperado intento de apagar esa llamita de vergüenza. Carmencita sola con su pesar y su miedo, oliendo a flor de paraíso, recorriendo los lugares en que el deseo nos había tumbado, mientras yo, en la ciudad, trataba de llenar de la mejor manera mis horas de colegio, con la menor cantidad posible de estudio, soñando con el olor del establo en las mañanas, de la lluvia reciente cayendo sobre el humus, de la alfalfa, de Carmencita tendida junto al arroyo, junto a la siesta caliente de mi piel.

Anuncia me entregó la medalla y la cadena, tal como Carmencita le había pedido. Yo se las había regalado y ahora se convertían en el último mensaje, como si con este gesto quisiera devolverme todo lo que le había dado, y al mismo tiempo guardar celosamente nuestro secreto.

Cuando llegué, en aquel mes de julio gris, mi padre felizmente no estaba; había sido expulsado lejos por una de las tormentas furiosas que le obligaban a abandonar el amor de sus campos, el sitio exacto de su existencia. Tampoco estaba ya Proní. [133]

14

O quizá sí. Por lo menos uno de los torturadores sabía muy bien el lugar en que los suplicios se realizaban: Aproniano Martínez, jefe virtual de la operación. En este mismo cuarto habíamos estado juntos mil veces; aquí mi madre nos contaba las proezas de los Caballeros del Rey en busca del Santo Grial o las aventuras de Sandokán en los mares del sur; en este sitio conocimos las maldades de la bruja madrastra con Blancanieves y lloramos por las desdichas de la pastora Eufemia. En esta habitación mi padre nos leía pasajes del Génesis, poemas de «Las cien mejores»; aquí nos relataba las hazañas de sus héroes preferidos: Bolívar y Antequera, Sandino y Martí, San Martín y el Capitán Caballero. Fue en esta misma pieza que la vi llorar a mi madre, una tarde, la más oscura de toda mi vida.

Quizá haya sido sólo por casualidad que los interrogatorios se realizaban en ese lugar. ¿O fue idea de Proní? Nada dejaba adivinarlo en su actitud. Detrás de sus enormes anteojos oscuros, nunca pude descifrar el lenguaje de su mirada. Impersonal, frío, cruel, distante, ningún gesto del rostro, ningún ademán dejaba traslucir nada, ni en los momentos más intensos del «procedimiento», cuando la saña se desencadenaba, cuando la furia sanguinaria desataba los instintos de los torturadores y oscurecía de sudor el verde de los uniformes. Su impasibilidad era total. Me hubiera bastado verle los ojos, cruzar una mirada [134] para comprender todo, como antes, pero jamás se sacaba los lentes ahumados, su coraza de tinieblas en los ojos.

15

Impotente he visto caminar a mi madre dolorosamente hacia la muerte. Impotente, la he vuelto a ver aquí. Con rabia, con dolor contemplaba las convulsiones de su rostro, milagrosamente respetado antes de eso por el tiempo, transformado ahora por el dolor, marchitado de golpe. Cáncer, decían los médicos, para designar de alguna manera aquello contra lo cual la ciencia altanera no podía nada. Y yo veía apagarse día tras día, hora tras hora el brillo de los ojos, el resplandor que había comenzado a nublarse luego de la muerte de mi padre, esa «increíble partida que en casa nunca pudimos entender y mucho menos aceptar: lo sabíamos inmortal. Ya por entonces la violencia nos había arrojado de la casona junto al arroyo, en el labio sur del monte. Estoy seguro que desde ese instante mi padre comenzó a morir, como un camalote fuera del agua, hasta que la copa del corazón rebose de pena, no aguantó más y se quebró. Yo vi el sufrimiento morder rabiosamente a mi madre, hasta sacarla de su discreta aceptación de las contrariedades y descomponerle la serena belleza de las facciones. Personalmente experimenté la multiplicación lacerante de las células, [135] el crecimiento del ser informe, monstruoso que en algún lugar de sus entrañas, quizá en el sitio mismo que yo había ocupado alguna vez, iba creciendo abrasador, furioso, voraz. Cáncer, cangrejo, pinza, como la que conmigo y mis compañeros usaban cuando los hombres de uniforme verde se volvían bestias y multiplicaban su furia contra nuestros cuerpos quebrados.

¿Sabría él que la instalación de la cámara de tortura en el antiguo dormitorio de mis padres fue mi salvación? El pasado me protegía, la fuerza del recuerdo me rescataba del dolor físico y la corriente impetuosa de la infancia me arrastraba hacia los territorios del sueño. «Navega velero mío, que ni enemigo navío, ni tormenta...», «...el galeote Joaquín...», «...y el remo rema, chas...», «...había una vez...», «...Volga, Volga, ehh, Volga, Volga, ehh...», «...pasados los cuales obrará la artillería...», «...San Martín nació en Yapeyú, entonces provincia nuestra y cruzó los Andes con el Coronel Bogado a su diestra...», «Bien sé que el suicidio va contra la ley de Dios y de los hombres, pero la sed de sangre del tirano...», «Viví en el monstruo y le conozco las entrañas», «no, José Martí, no es éste tu lugar, pero él se fue hasta Dos Ríos y mucho más allá...», «La voluntad del común vale más que la del Rey; Antequera grita: ¡Libertad!, por las [136] calles y Juana de Lara se pasea de blanco cuando en Lima le matan y con él a su propio padre...», «Quiero vivir y morir ciudadano..., Bolívar asciende en cuerpo y alma al Chimborazo luego de arar en el mar y en la tierra toda de América...», «Mi pluma lo mató, Montalvo escupe sobre el cadáver putrefacto del tirano...», «la victoria no da derechos...», mi padre levanta el índice severo, «llora, llora urutaú...», baja los párpados; «Muerdo con mi patria», levanta las dos manos abiertas.

Entonces el individuo que sentado frente al antiguo escritorio paterno conducía los interrogatorios, detrás de las tinieblas de sus anteojos «Raywan» con marco de metal dorado, deja de ser el oficial gubernista encargado de averiguar los detalles de la «invasión» y «las conexiones con el extranjero», para convertirse en Proní, mi antiguo compañero de juegos infantiles. Proní... vos sos el caballo Proní, yo el caballero que va en busca del Santo Grial... Proní, vos bandido, yo covoy... vos te quedás, Proní... sele... merele...

Mi silencio hacía redoblar el ritmo de los golpes, aumentaba la urgencia sanguinaria. El sargento Martínez, impasible casi siempre, ligeramente impaciente a veces, continuaba el interrogatorio.

¿Sería consciente él de su presencia en ambas hojas del díptico, aquí preguntando, allá jugando? [137]

Los jirones brumosos de la amanecida subían desde la escarcha, colgaban desde los árboles como sábanas deshilachadas de fantasmas en retirada; habían estado combatiendo desde que el frío bajó sobre la tierra y el resto de olor oscuro conservaba la sangre todavía fresca. El canto de un pájaro trajo el anuncio de la luz, otros le hicieron eco y el bosque de trinos fue creciendo. Cuando íbamos hacia el antiguo potrero, una puntita de sol asomó detrás del monte, un tablón de luz cayó sobre nosotros; la luz primera, lechosa, la inexorable luz de Paso Guavirá. Cuando llegamos cerca del corral, el olor de pasto húmedo entre las matas de cepa-caballo, mezclado con el estiércol, me traspasó, como cuando íbamos, con Carmencita y Proní, a tomar leche caliente. Sentí la saliva en la boca, el

regusto a la leche recién ordeñada, como si fuera a arrimar, en seguidita, la espuma tibia, crujiente, a los labios. Faltaba Carmencita, pero era como si fuéramos a su encuentro para paladear aquello que tanto nos gustaba a los tres. Levanté la mano tumefacta y la pasé por la frente, para limpiarme del cansancio, quizá del recuerdo; ya todo me era igual. Proní vio el gesto y me miró por primera vez sin sus anteojos ahumados. Toda la noche estuvo lloviendo pedacitos de estrellas sobre el pasto y ahora el suelo estaba todo reluciente de blancura; una vaca de azufre masticaba ese comienzo del día y nos miraba pasar, aplastando las frutitas del rocío. Llegamos a orillas del monte «lasánima», [138] y Proní gritó un alto al pelotón que nos acompañaba. Ordenó a sus hombres que esperasen allí. Se trataba de ejecutar al cabecilla de los montoneros; el jefe debía hacerlo.

18

Ahora estoy seguro que el recuerdo se puede oír, se puede tocar con las manos, llevarlo al hombro como un fusil o una bolsa de papas. Ahora sé que la nostalgia es una mancha ligera, apenas el empañado que queda en el vaso cuando le echamos una vaharada; sé que es posible borrarla con la punta del dedo o frotando el vidrio contra la manga de la camisa. Pero sé también que basta el leve aliento para que la mancha vuelva, y así siempre.

Mi madre estaba aquí, limpia de dolor por las galerías, con su sonrisa azul bajo los paraísos florecidos del patio. Desde que tomé con mis hombres posesión de la antigua casona, volví a encontrar su paso manso, su voz limpia en las mañanas. Ni el repliegue de nuestras líneas avanzadas ante las poderosas fuerzas del ejército, ni la muerte de los compañeros, ni la presión del movimiento envolvente final en torno al bosque cercano a la casa, consiguieron separar de mi lengua su nombre transparente, recuperado por sobre las máscaras de su sufrimiento, desde el día en que tuvo que dejar su casa, cuando se vio obligada a aceptar la muerte de su mando, a enterrarlo, hasta el momento en que [139] su rostro comenzó a cambiar por efecto de las llamaradas que le subían desde el fondo de las entrañas. Cada instante estaba perfectamente registrado y la más ligera incitación, el olor de las flores del paraíso, los restos de las botellas de ginebra delimitando los canteros vacíos, el ruido herrumbrado del viejo molino de maíz o el reflejo del sol en el tajamar al mediodía bastaban para hacerme recuperar el momento y el lugar precisos; la proyección de una vieja película en cámara lenta, morosamente lenta, en que mi madre nos daba golosinas, en que mi padre hablaba gravemente o se hamacaba en su sillón de cuero de nonato, en que Carmencita cruzaba brincando con su sonrisa y sus trenzas, en que Proní me corría hacia el alambrado, cerca de la carretera, con los perros atrás...

19

Nos internamos en el monte lentamente. La incomunicación se había roto. Cuando llegamos cerca de la galería, en el lugar en que habían estado las cruces de los dos arrieros asesinos, nos miramos. El caballo con dos cabezas y fuego en los ojos, el perro con un chorro de luz en vez de cabeza nos mordían el trasero. El trueno-caballo, el perro-lluvia nos pisaban los talones. Eramos totalmente incapaces de articular una palabra; el olor a cuero, a jerga húmeda, a lomo de caballo sudado nos traspasaba; el silencio oscuro [140] del galpón de aperos nos envolvía, jadeábamos; no podríamos decir cómo descendimos el montículo enmarañado, cómo atravesamos el potrero, los dos alambrados y el portón del patio.

Sudábamos copiosamente. Otra eternidad de silencio nos rodeó mientras recobrábamos el habla. De repente, al mismo tiempo: «¿viste?». Ninguna palabra se cruzó entre nosotros. Proní disparó varias veces al aire; unos segundos después, un tiro solo. Con la punta del caño y el gesto de la cabeza me mostró el sendero en el monte. Los dos nos lanzamos por él, en dirección opuesta a la de la casa, hacia el estero.

20

Ahora ha de ser otra vez agosto, porque el viento norte caliente pasa a unos jemes de nosotros. Las flores de agosto han de expandir de nuevo su color amarillo de muerte y el olor silvestre de sus ramas quebradas ha de derramar su savia inerte hasta esta zanja, al borde del monte «lasánima», en donde el mismo sol nos calcina, a través de la misma tierra, ya suya y mía, a él y a mí, juntos como cuando jugábamos «covoy y bandido»; el viento norte, hasta que venga la lluvia...

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo